

Nosotros, los hijos de la samuna

Historia del resguardo San Marcelino
y sus dos cabildos menores

REPARACIONES



Centro Nacional
de Memoria Histórica

NO ACEPTA SU VENTA. NO ACEPTA SU VENTA.
Distribución
gratuita



Nosotros, los hijos de la samuna

Historia del resguardo San Marcelino
y sus dos cabildos menores



Centro Nacional
de Memoria Histórica

**Nosotros, los hijos de la samuna.
Historia del resguardo San Marcelino y sus dos cabildos menores**

Juan Carlos Jiménez Suárez
Julie Stefania Ciales Aponte
Investigadores

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

María Gaitán Valencia
Ana María Trujillo Coronado (e) (agosto-noviembre 2022)
Rubén Darío Acevedo Carmona (2018-2022)
Dirección General

Álvaro Villarraga Sarmiento
Carlos Mario López Rojas (e) (agosto-noviembre 2022)
Alex Alberto Moreno Pérez (noviembre 2021-julio 2022)
Jenny Juliet Lopera Morales (2020-octubre 2021)
Dirección Técnica para la Construcción de la Memoria Histórica

María Victoria Tatiana Martínez Granada (e)
Carolina Restrepo Suesca (e) (agosto-noviembre 2024)
Nidia Patricia Viteri Rojas (2023-julio 2024)
Coordinación de la Estrategia de Reparaciones

Yenny Parra Zuluaga
Apoyo a la revisión técnica - DCMH

Sandra Milena Ramírez Martínez
Apoyo a la gestión editorial - DCMH

Daniel Fernando Polanía
Profesional especializado de la Estrategia de Comunicaciones

Linda Carolina Rodríguez Tocarruncho
Edición

Bibiana Alarcón Guerrero
Corrección de estilo

Kevin Nieto Vallejo
Ilustración, diseño y diagramación

© Felipe Alarcón Correa para el CNMH
Fotografías

Número de páginas: 148
Formato: 20 x 25 cm
ISBN impreso: 978-628-7792-05-0
ISBN digital: 978-628-7792-07-4

Imprenta Nacional de Colombia
Impreso en Colombia - Printed in Colombia.
Queda hecho el depósito legal

© Centro Nacional de Memoria Histórica
Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31,
Bogotá D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@Centro Nacional de Memoria Histórica. gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar
Centro Nacional de Memoria Histórica. (2024). *Nosotros, los hijos de la samuna. Historia del resguardo San Marcelino y sus dos cabildos menores*. Centro Nacional de Memoria Histórica.

Primera edición: diciembre 2024

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica.



Centro Nacional de Memoria Histórica

Nosotros, los hijos de la samuna: historia del resguardo San Marcelino y sus dos cabildos menores / Centro Nacional de Memoria Histórica; investigadores Juan Carlos Jiménez Suárez, Julie Stefania Criales Aponte; ilustración, diseño y diagramación Kevin Nieto Vallejo -- Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2024.

148 páginas: ilustraciones, fotografías, mapas; 20 x 25 cm.

Incluye bibliografía

ISBN impreso 978-628-7792-05-0, ISBN digital 978-628-7792-07-4

1. Víctimas del conflicto armado – Narrativas testimoniales -- San Miguel (Putumayo, Colombia) –2. Indígenas Kichwa – Vida social y costumbres – San Miguel (Putumayo, Colombia) 3. Memoria histórica – San Miguel (Putumayo, Colombia)

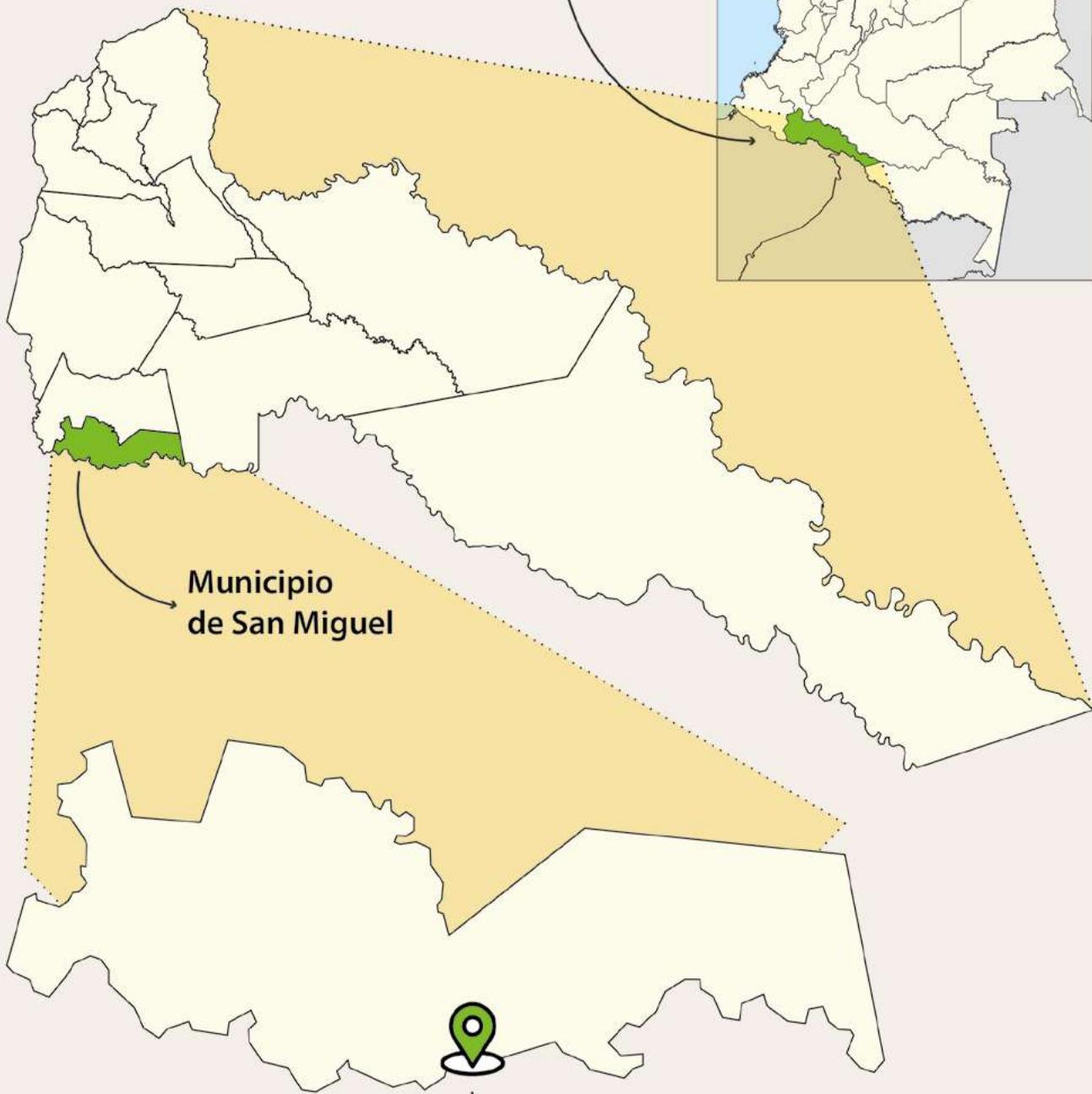
I. Jiménez Suárez, Juan Carlos II. Criales Aponte, Julie Stefania III. Nieto Vallejo, Kevin IV. Título

CDD 23: 305.898

Contenido

Presentación	9
Cosmovisión del pueblo kichwa	15
Historia de San Marcelino	17
Historia del cabildo San Luis de la Frontera	37
Historia del cabildo Juan Cristóbal	55
Perfiles biográficos	69
Se vive para reír	71
Una niña de casa	87
Las botas	93
Carta a mi hijo	105
Necesitamos que no se nos olvide	111
Esa buena niña	117
Carta a mi hermana	123
Homenaje a una madre	125
Nuestro futuro	129
Referencias	145

Departamento de Putumayo, Colombia



Municipio de San Miguel

Resguardo San Marcelino

Mapa 1. Ubicación del resguardo San Marcelino.

Presentación

El libro *Nosotros, los hijos de la samuna. Historia del resguardo San Marcelino y sus dos cabildos menores* contiene historias, relatos, dibujos y perfiles biográficos, que responden al deseo del pueblo kichwa del resguardo San Marcelino de documentar parte de sus memorias en el Bajo Putumayo. El proceso, acompañado por la Estrategia de Reparaciones del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), da cuenta principalmente de la historia del resguardo y sus cabildos menores, San Luis de la Frontera y Juan Cristóbal, con los cambios que el conflicto armado interno les produjo, y la reconstrucción de perfiles biográficos de siete víctimas.

El documento se realiza en el marco del cumplimiento del exhorto centésimo de la sentencia del Tribunal Superior del Distrito Judicial de Bogotá, Sala de Justicia y Paz, contra Iván Roberto Duque Gaviria y 273 postulados del Bloque Central Bolívar (19 de diciembre de 2018), por los hechos que ocasionaron la desaparición forzada de cinco personas y el desplazamiento forzado de otras dos, cuya pérdida trajo dolor y angustia a la comunidad, en la cual se manifiesta lo siguiente:

Centésimo: Exhortar al Centro Nacional de Memoria Histórica, para que teniendo en cuenta la totalidad de casos de violencia contra integrantes del resguardo San Marcelino, previa concertación con las víctimas para su participación, se reconstruyan las biografías de las personas perjudicadas con este flagelo, con el fin de que sigan vivas en la memoria social del departamento y del país, y con ello lograr eliminar el objeto de desaparición que el grupo paramilitar se fijó como objetivo, con su actuar denigrante, así como resaltar que otras formas de pensamiento y participación política no están ligadas de forma unívoca a actividades insurgentes.

Dichas biografías, de ser el deseo de las víctimas, podrán ser publicadas como aporte a la garantía de no repetición en un espacio virtual que deberá crear el Centro Nacional de Memoria Histórica en su página web, respetuosas de las estructuras familiares indígenas de acuerdo con sus costumbres, tradiciones y formas de organización social.



En el mes de noviembre de 2022, el equipo de la Estrategia de Reparaciones concertó con líderes y lideresas de la comunidad el cumplimiento de la orden. Se escogió como pieza de memoria un libro y se acordó que la construcción de los perfiles debían estar basados en su integridad en el recuerdo de sus grupos familiares (cómo eran, sus gustos, sus formas de relacionarse), sin centrarse o relatar los hechos victimizantes de cada caso. Se acompañarían de cartas, dibujos, mensajes, fotografías y otros insumos gráficos creados por su propia mano. Así mismo, la comunidad resaltó que una acción reparadora no podía centrarse solo en la realización de estos perfiles, en tanto que se desconocía la trayectoria colectiva. Por ello, el libro también debe describir de manera sucinta la cosmovisión del pueblo kichwa, el devenir histórico de la comunidad de San Marcelino y sus cabildos menores, así como las afectaciones generadas por el conflicto armado, atravesado por sus tradiciones y expectativas.

Vale la pena agregar que la comunidad de San Marcelino no ha tenido acompañamiento psicosocial individual y familiar de corto, mediano y largo plazo con enfoque étnico. Se requirió de una preparación interna antes de iniciar con el proceso de memoria, y para ello las autoridades ancestrales, con base en sus tradiciones, lideraron las armonizaciones que permitieron a los participantes conversar acerca de la desaparición forzada de sus familiares, sin generar impactos o desbordes emocionales. Posteriormente, se inició el proceso de reconstrucción de memoria histórica. Se desarrolló un trabajo fotográfico y de ilustración, se recopiló la narrativa oral, se revisaron fuentes secundarias y se construyeron herramientas para la recolección de información primaria, como entrevistas semiestructuradas, talleres de cartografía social y de dibujo, también hubo recorridos por el territorio ancestral y a los cabildos menores en mayo, junio y septiembre de 2023.

Este trabajo está compuesto por seis apartados. El primero contiene la explicación de la cosmogonía kichwa, un trabajo que se le debe en su integridad a la autoridad tradicional Francisco Vargas. De él proviene la sencilla descripción y también la imagen que la acompaña. El segundo presenta un breve relato de la llegada de los primeros habitantes de San Marcelino al territorio actual, seguido de su experiencia en medio del conflicto armado. El tercero expone la historia de los habitantes del cabildo menor de San Luis de la Frontera; el cuarto hace lo mismo con el cabildo menor de Juan Cristóbal. El quinto lo componen los perfiles, las cartas y las breves historias de las víctimas reseñadas en la sentencia, acompañadas de los dibujos y otros homenajes de sus familiares. Y el sexto y último señala parte de sus tradiciones como pueblo kichwa y esperanzas de futuro para mejorar sus condiciones de vida.



Es importante tener en cuenta que no debe asumirse como un libro en plenitud de detalles históricos puntuales. Basados en el Decreto Ley 4633 de 2011¹ se tiene como propósito conservar y respetar la pluralidad de memorias ancestrales y territoriales del pueblo indígena kichwa. Por tanto, es posible evidenciar cómo los recuerdos de cada uno de los grupos se entrecruzan, a veces difieren en años, hasta décadas. Por esto, se invita a que los lectores se acerquen a este como un trabajo de memoria que descubre la vivencia trágica y oculta de una comunidad que, aún el día de hoy, debe convivir en medio de un territorio lleno de profundas complejidades.

Para finalizar, Carlos Óliver Grefa y Nixon Fredy Machoa, como gobernadores del resguardo, junto con Ana Lucía Tobar, Daira Noa y Dayana Cerda, como gobernadoras y representantes de los cabildos menores, acompañaron y respaldaron la ejecución de esta acción de reparación; fueron guías y salvaguardas dentro del territorio.



¹ Decreto por medio del cual se dictan medidas de asistencia, atención, reparación integral y de restitución de derechos territoriales a las víctimas pertenecientes a los pueblos y comunidades indígenas.





Figura 1. Samuna, árbol sagrado de los kichwas.

Samuna, árbol de la vida. Árbol que manda a los demás árboles. En ti habita un hombre pequeño que no hace el mal, es el guardián de la naturaleza.

Samuna, amigo, padre de todo, los que no saben te están acabando.

Samuna, dueño de la selva: nosotros los kichwa, hijos de los árboles, te cuidaremos para que traigas a todos fortuna.



Figura 2. Los siete espacios del pueblo kichwa. Autor: autoridad Francisco Vargas.

Cosmovisión del pueblo kichwa

Este es nuestro mundo.

Somos kichwa y nuestro mundo lo conforman siete espacios.

Hawa Pacha, en donde vive nuestro creador, el Padre Todopoderoso.

Kuyllur Intipacha, donde están el sol, la luna y las estrellas. Nosotros nacimos entre el sol y la luna, de ahí nuestro nombre: *kichwa ingi chully*. *Killa* es el nombre de la luna, y de ella es que nace nuestra lengua kichwa.

Puyu Pacha, el lugar de las nubes.

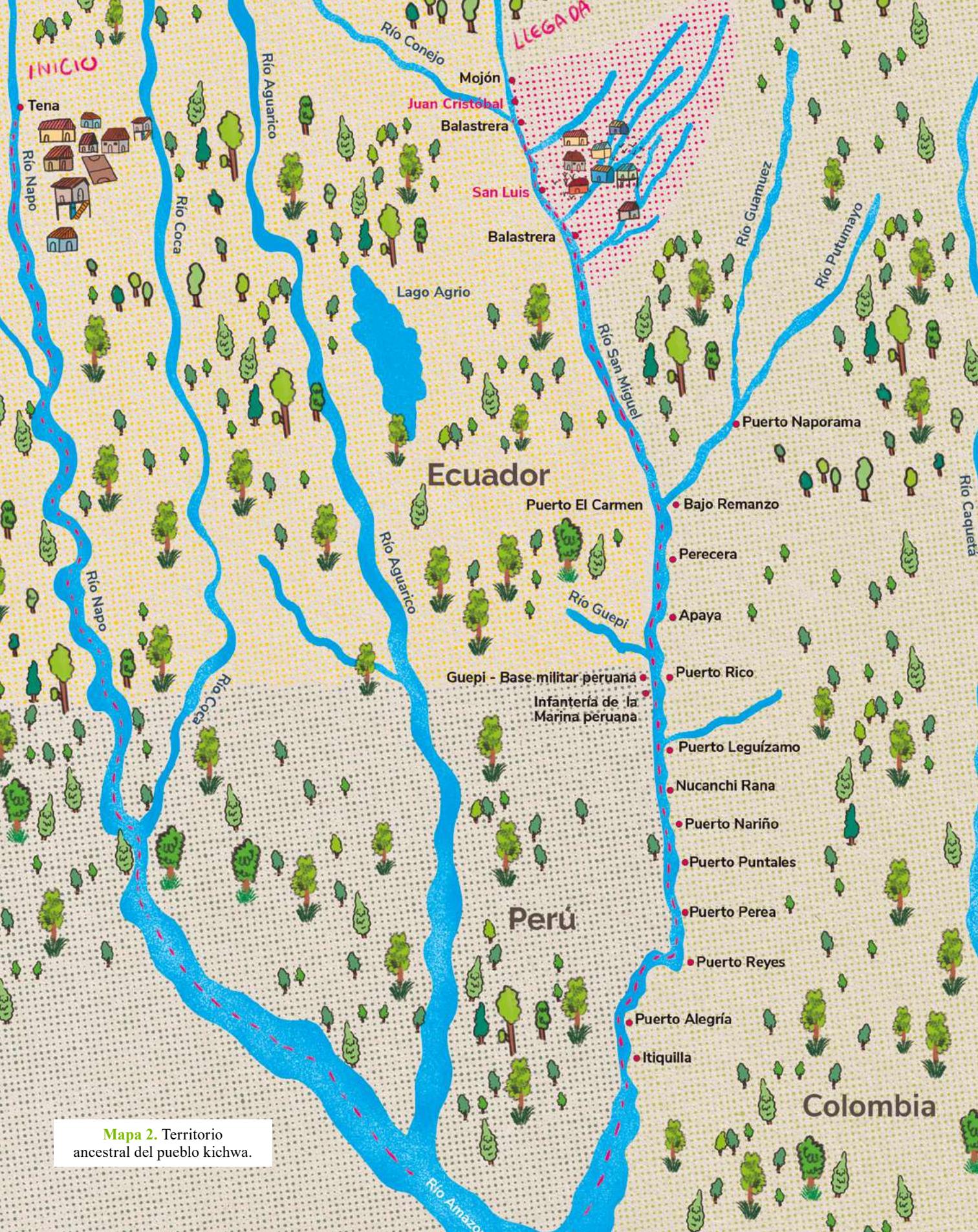
Wayra Pacha, por donde caminan los vientos.

Aupa Pacha, donde está el territorio, el lugar para las siembras y del agua.

Wañushka Pacha, el lugar de los cementerios y los sitios sagrados.

Uku Pasha, lo que está debajo de la tierra. En ella está la sangre de los ancestros milenarios que han muerto. Cuando la extraen, la naturaleza responde con terremotos, lluvias, vientos, huracanes. La tierra se pone furiosa.





Mapa 2. Territorio ancestral del pueblo kichwa.

Historia de San Marcelino²

Al resguardo San Marcelino puede llegarse por dos rutas desde La Dorada, el nombre del centro urbano del municipio de San Miguel, en Putumayo. La primera es por la carretera destapada que va hacia la llamada La Balastrera. Se toma cerca de cuarenta y cinco minutos en una moto. La otra es más dispendiosa: hay que dirigirse hasta el Puente Internacional San Miguel, donde se tarda máximo media hora si se va en vehículo, y luego debe tomarse una lancha a motor durante media hora más.

En la caseta del cabildo se encuentran tres autoridades tradicionales, quienes minutos antes de empezar su charla han realizado un ritual de armonización. Se ubican en un costado de la caseta, visten todos una camisa azul celeste, menos uno que usa blanco, y en sus cuellos llevan collares ceremoniales. Frente a ellos, sobre una manta roja en el suelo, han ubicado hierbas curativas, una mochila tradicional y el esqueleto amarillento de un pez de dientes afilados. Los que han asistido a la reunión hacen silencio, porque, aunque conozcan el gran relato que escucharán, son pocas las veces en que se reúnen las tres autoridades para hacerlo.

«Somos kichwa. Nuestros abuelos eran procedentes del Ecuador. Allá vivían ellos en la época de la esclavitud». Así inician este relato, turnándose la voz, sin que haya interrupciones. Dicen que vienen de las provincias de Napo y Pastaza, nororiente del país vecino. Allí vivieron con otras comunidades indígenas, unas veces en ambiente de paz, otras no tanto. De darle un orden a las ideas, para ellos el punto inicial de su historia fue en los inicios de la década de los treinta, con algunos de sus familiares que vivían en las ciudades ecuatorianas de Tena y Napo. Comenzaron a pasar apuros económicos, por lo que decidieron que era momento de cambiar. Juntaron sus pertenencias y tomaron camino hacia el norte, navegando por el río Payamino, saliendo por el río Aguarico, y fueron a dar a las tierras de un hombre llamado Florentino Calderón. En su finca había otros como ellos, kichwas, que venían también buscando

² En la Resolución 0008 del 13 de mayo de 1998, el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (Incora) les da el carácter de resguardo a los territorios habitados por las comunidades indígenas kofán, inga, San Marcelino y Amaron, ubicados entre los municipios de Valle del Guamuez y San Miguel. El resguardo indígena de San Marcelino tiene una extensión de 2022 hectáreas y está conformado también por sus dos cabildos menores: San Luis de la Frontera y Juan Cristóbal.



una mejor vida; se hicieron más amigos, construyeron sus casas y trabajaron allí cerca de dos o tres años.

Inicialmente las condiciones laborales fueron más que exigentes. El patrón los obligaba a trabajar jornadas de un mes completo y luego les daba otro de descanso, lo que aceptaron. Los hijos quedaron bajo su propio cuidado, a veces solo eran menores de tres años, y cuentan que era normal que los dejaran únicamente con raciones de chicha y chucula para alimentarse.

Así vivieron por un buen tiempo, un mes metidos en la selva, trabajando en los cauces de los ríos y en pequeñas vetas en la búsqueda de oro; un mes de nuevo juntos, terminando de instalarse y acumulando comida y víveres para cuando partieran de nuevo. Pero llegó el momento en que dijeron que eso tampoco era buena vida. Los pagos no eran justos: por dos kilos en pepitas de oro recibían una camisa y un pantalón o, a veces, una cache de pólvora para la cacería. Si se querían cartuchos debían ganárselos, trabajando un mes. Cuando los frascos no estaban llenos, eran castigados con varazos.

Los que no se dedicaban a la minería, pocos realmente, tampoco la tenían fácil. Por lo general, eran aquellos que llevaban en el territorio muchos más años. Cuentan que se dedicaban a ir aguas abajo por el río Napo hasta Perú, en busca de las minas de sal. El viaje, aseguran, duraba cinco meses de ida, casi un año de regreso. «A veces encontraban a la mujer viva o a veces muerta; dejaban el hijo pequeño y, cuando llegaban, ya estaba joven», afirman.

Era muy difícil conseguir otras labores remuneradas en ese entonces. En los alrededores, las empresas y los dueños de fincas y haciendas se enfocaron en la extracción del oro, ofreciendo las mismas condiciones. Sin embargo, en algún momento hubo quienes tomaron la iniciativa de buscar ellos mismos el oro. Se dirigieron al río Payamino y encontraron el lecho de un arroyo seco; levantaron piedras para revisar, y lentamente, cuando las pasaban por el baño de las bateas, dieron con pequeñas pepas doradas. Fueron felices. Sin embargo, les habían advertido que tuvieran cuidado con esos ríos, que si bien estaban secos, a veces las aguas no avisaban, se levantaban y se lo tragaban todo. Y fue así: llevaban quince días escarbando y lavando las rocas, cuando, de repente, el suelo comenzó a temblar. Primero fue algo suave, casi imperceptible. Luego el ruido se fue haciendo más fuerte. Alguien dijo sentir una especie de trueno y en ese momento todos levantaron sus pertenencias, cuidando de no perder los frascos de aceite de almendras que guardaban las piedrecitas doradas, y buscaron un sitio alto para refugiarse. «¡Miren!», alguien dijo. Y vieron cómo al





Figura 3. Desplazamiento en balsas por los ríos.



Figura 4. Comunidad con las bateas en la búsqueda de pepitas de oro en los ríos.

antiguo río se lo devoraban las aguas turbulentas; subían con rapidez cada vez más y más, copando y anegando todo a su alrededor. Asustados, esperaron en silencio a que todo se calmara y retornar. Cuando estuvieron seguros, montaron sus botes, sabiendo que se habían salvado por poco. No se aventuraron más.

Este no sería el único problema.

Una de las autoridades, el que viste de blanco, dice: «Conozco la selva. Acá hay shuaras y otros pueblos indígenas naturales. Los kichwa vivían en partes separadas, arriesgándose, porque venían los huaoranis, también llamados aucas o los jíbaros de la selva. Ellos nos mataban. Nos tocaba vivir escondidos». Los aucas, aseguran en San Marcelino, los perseguían sin ninguna contemplación y los apuñalaban con lanzas de chonta. Hay algunos que aseguran que también eran caníbales. Luego de los ataques y las emboscadas, a los heridos se les montaba en un bote para llevarlos hasta Puerto Napo para que los vieran los misioneros jesuitas, quienes intentaban curarlos.

A la tragedia del oro y de los ataques de otras comunidades indígenas, dicen que se le sumaba otra más. Había otra situación que en su momento los llevó a pensar en dejar el territorio. En las largas jornadas de trabajo, los mineros sin ascendencia indígena contaban historias de una guerra que se estaba desatando: la guerra contra Perú. Les decían: «Ustedes no salgan, dejen que peleen los que tienen armas». No respondían. En las noches, en los campamentos, sentían el volar de los helicópteros y algunos disparos lejanos.

Es esta época a la que ellos le denominan como *la esclavitud*. Entre una guerra ajena, las amenazas de muerte y las pocas oportunidades de encontrar trabajo digno, decidieron que era hora de volver a partir. Aseguran que sería en los años cuarenta, en 1946 concretamente. Vivía entre ellos un hombre llamado Francisco Alvarado. Dicen que se cansó de las penurias y de los maltratos, sobre todo de lo que ocurría con los patrones. Lo había venido pensando tiempo atrás, hasta que tomó la decisión de marcharse. Agarró camino hacia el río Aguarico, lo recorrió hasta que dio con las aguas del río Conejo y lo navegó hasta encontrar el río San Miguel. La zona que halló le gustó y decidió quedarse a vivir pero de manera temporal, ya que regresaba a visitar a la familia de vez en cuando para luego volver a su nuevo hogar. En uno de esos viajes de retorno invitó a su compadres y a más familias a aquel lugar descubierta. «Es una tierra libre, les dijo, pero debemos abrir la selva».



Quienes siguieron a Alvarado en la invitación fueron Cristóbal Grefa, Juan Chivango, José Cerda, Alonso Grefa, Wenceslao Vargas, Eusebio Machoa, Mauricio Vargas, Tomás Sequiba, Jorge Proaños, Federico Grefa, Valerio Grefa, Pacho Quintero, Fernando Mendoza, Samuel Mendoza, entre otros. Cada familia tomó la tierra que le parecía. Unos se ubicaron más cerca de lo que es hoy el Puente Internacional San Miguel, otros tomaron aguas abajo del río San Miguel. Sin falta, a las cinco de la mañana se despertaban para montar en la canoas y encontrarse a las siete en punto en un lugar central para trabajar; el regreso era entre cuatro y cinco de la tarde. A más tardar a las ocho de la noche estaban en sus casas. Era su día a día.

En 1963 comenzaron a organizarse y a construir algunas obras comunales. Don Pacho Alvarado estuvo liderando la limpieza del lugar, en donde hoy está la casa comunal del resguardo. Sería el lugar que albergaría las mingas³ y las tomas de yagé. Fueron también abriendo el camino que los llevaría a La Hormiga, al que llamaron La Julietica, y tomaron conciencia de que necesitaban una escuela. Ya eran muchos y los menores debían ir a las clases. Ascencio Jipa, otro de los recién llegados, regaló un lote para que se construyera la caseta con los salones de estudio y una cancha de fútbol, y entre todos fueron tejiendo hojas de canambo para techarla y cubrirla. Eran buenas épocas: estaban uniéndose más como comunidad, la cacería y la pesca daban de comer a todos, reían y tomaban chicha pura, blanca, acompañada de maní.

Decidieron nombrar a Alvarado como guainaro, máximo líder, que ahora se reconoce como gobernador. Fue respetado, sus palabras no merecían reproches, era quien decidía los castigos. Enseñó a varios a tocar violín, contaba a todos historias y cantaba en el idioma nativo; además, indicó en detalle cómo se preparaban y tomaban los remedios, sobre todo el poderoso yagé. Lo escogieron para unirlos más, para que llamara más gente y se poblara el territorio, para que existiera una comunidad grande.

Efectivamente, con los años fue creciendo el poblado. Para apropiarse de una vez por todas de los lugares, lo mejor era ponerles un nombre. Los que fundaron el lugar aquí no sabían qué nombre poner, no había distinciones de nombres, tan solo se reconocían las casetas de las reuniones y la escuela. Esa iniciativa le correspondió a un misionero jesuita. Su nombre: Marcelino. El padre llegó luego de un largo viaje desde Puerto Asís, y al recorrer el lugar preguntó sobre todo por el nombre de los ríos. Nadie le dio razón. Dicen que decidió bautizar los lugares por algún hecho significativo: en aquel río encontraron una vez un cuerpo de quién sabe de quién, le dijeron, entonces así se llamaría: río Muerto; en aquel otro hay muchas hormigas, por lo que quedó como río

³ Las mingas son las reuniones convocadas por la colectividad para realizar actividades de bien común.





Figura 5. Indígenas aucas.



Figura 6. Comunidad en una minga para abrir espacio en la selva y construir sus viviendas.

La Hormiga. Pronto se dieron cuenta de que su nuevo hogar no tenía nombre; hubo un momento en que quisieron llamarlo *Taraoyaco*, pero la idea no los convenció. La gente vio en el padre una ayuda importante y alguien propuso que el lugar llevara su nombre. Y fue así: San Marcelino nació para ellos en 1965.

Luego de Alvarado tomó la vocería Federico Grefa, recordado inicialmente por haber conseguido que el Ejército no solo donara cien bultos de cemento, sino que los llevara al poblado y construyera el colegio. En esa época vendría la primera profesora, Ofelia Rosero, desde Sibundoy, cuya primera medida fue el aprendizaje del castellano, por lo que la lengua materna quedaría desde ese instante relegada.

Así vivieron. Fueron domando el territorio, conociendo poco a poco lo que les ofrecía. Hasta que todo comenzó a cambiar. A finales de la década de los setenta, la siembra de la coca en el Medio y Bajo Putumayo atrajo a narcotraficantes y colonos provenientes de Caquetá, Huila, Nariño y Antioquia. Alrededor aparecieron los ejércitos privados disputándose el control del territorio. Estaban por todos lados: en la vereda El Maizal, en San Miguel, apareció una banda con el mismo nombre; también Los Guadales, en La Hormiga; la banda del Chigüiro, en Puerto Colón; y las bandas El Jordán, Los Pechas y Los Conejos, en la región conocida como El Azul, en Puerto Asís⁴.

En los ochenta apareció la primera guerrilla. Fue el Movimiento 19 de abril (M-19), que operaba en Mocoa, Villa Garzón y la zona selvática de Puerto Asís. Se mantuvo activa hasta 1983 cuando apareció el Frente Aldemar Londoño del Ejército Popular de Liberación (EPL) en el Valle del Guamuez, Orito y Puerto Asís. El EPL estuvo también por la región hasta su desmovilización en 1991. En 1984 llegarían las FARC-EP al Medio Putumayo con el Frente 32, y de ahí se fueron expandiendo⁵.

Las autoridades tradicionales en San Marcelino recuerdan que, cuando las FARC-EP ingresaron a San Miguel, se decía que entrarían en combates con estos grupos al servicio del narcotráfico. Y es que desde 1987, por esos lados, ya se movían Los Masetos⁶ y los Combos, que actuaban al servicio de los narcotraficantes Gonzalo

4 Véase: Tribunal Superior de Bogotá. Sala de Justicia y Paz. Postulados Iván Roberto Duque y otros, 2018, pp. 3942-3943.

5 Véase: Tribunal Superior de Bogotá. Sala de Justicia y Paz. Postulados Iván Roberto Duque y otros, 2018; CNMH, 2019.

6 Los Masetos, cuya denominación provenía de la abreviatura Muerte A Secuestradores (MAS). «Actuaban en los cascos urbanos» (CNR-GRM, 2012, p. 35). Fue un grupo que se formó y consolidó alrededor del procesamiento y tráfico de coca «en la ribera colombiana del río San Miguel al sur del Putumayo. Durante el tiempo en que operaron, además de ser funcionales al negocio del narcotráfico, ejecutaron “campañas de limpieza social contra marginados sociales,

Rodríguez Gacha y Leonidas Vargas. La presencia de Los Masetos les causaba mucho temor. Se instalaron en inmediaciones del resguardo para organizar los laboratorios y las cocinas en las que procesaban la coca y se movilizaban por el río San Miguel. En varias ocasiones, los cuerpos de las personas asesinadas eran dejados en los caminos, o junto a los lechos de los ríos y las quebradas. No se podían recoger: la orden era no levantarlos⁷.

Mientras esto ocurría, las FARC-EP continuaron su avanzada. En 1990 habían atacado un campamento paramilitar. Asesinaron a setenta y los arrojaron al río San Miguel⁸. Este hecho consolidaría su control en todo el departamento. En el Bajo Putumayo crearon el Frente 48, en el Valle del Guamuez⁹.

Cuando la guerrilla llegó a San Marcelino, recuerdan, realizó reuniones con la comunidad. Invitaban a los jóvenes a involucrarse en sus filas, ya fuese como combatientes o milicianos. En respuesta, los taitas hicieron una toma de yagé con el propósito de definir si esto le convenía a la comunidad. Finalmente, en una asamblea, decidieron que se mantendrían al margen. Pero de poco sirvió: con el tiempo, muchos jóvenes se unieron con la idea de tener un futuro mejor.

Rápidamente se fue transformando la vida de los kichwa. Relatan que ya no podían salir a cazar, ni pescar de noche. La guerrilla controlaba la forma de vestir y de actuar; a aquellas personas a quienes consideraban ladrones o consumidores de drogas las obligaban a realizar trabajos comunitarios. Además, la guerrilla, en el rol dominante, caía en contradicciones: reguló el uso de dinamita y de venenos al momento de pescar, así como la forma de desechar las basuras para que no se contaminara el río San Miguel, pero detonaban el oleoducto que manchaba los ríos con petróleo, lo que afectó las prácticas sociales y alimentarias comunitarias. El crudo terminaba en las aguas de las quebradas y del río San Miguel, las cuales eran las fuentes hídricas para actividades como cocinar, lavar la ropa, pescar y bañarse. Las orillas del río se secaron.

En San Marcelino empezaron a sembrar coca, debido a que algunos colonos y narcotraficantes repartían semillas. Les decían que les iban a comprar la hoja a buen

ajustes de cuentas entre narcotraficantes, control armado de su zona de influencia y [...] labores de persecución al movimiento popular y a la oposición política» (CNMH, 2019, p. 76).

⁷ Véase: CNMH, Entrevista con autoridades tradicionales de San Marcelino, 24 de junio de 2023; *Verdad Abierta*, 2013, 29 de mayo.

⁸ Véase: CNMH, 2019.

⁹ Véase: Tribunal Superior de Bogotá. Sala de Justicia y Paz. Postulados Iván Roberto Duque y otros, 2018.



Ecuador

Mapa 3. Resguardo San Marcelino, basado en los talleres de cartografía.

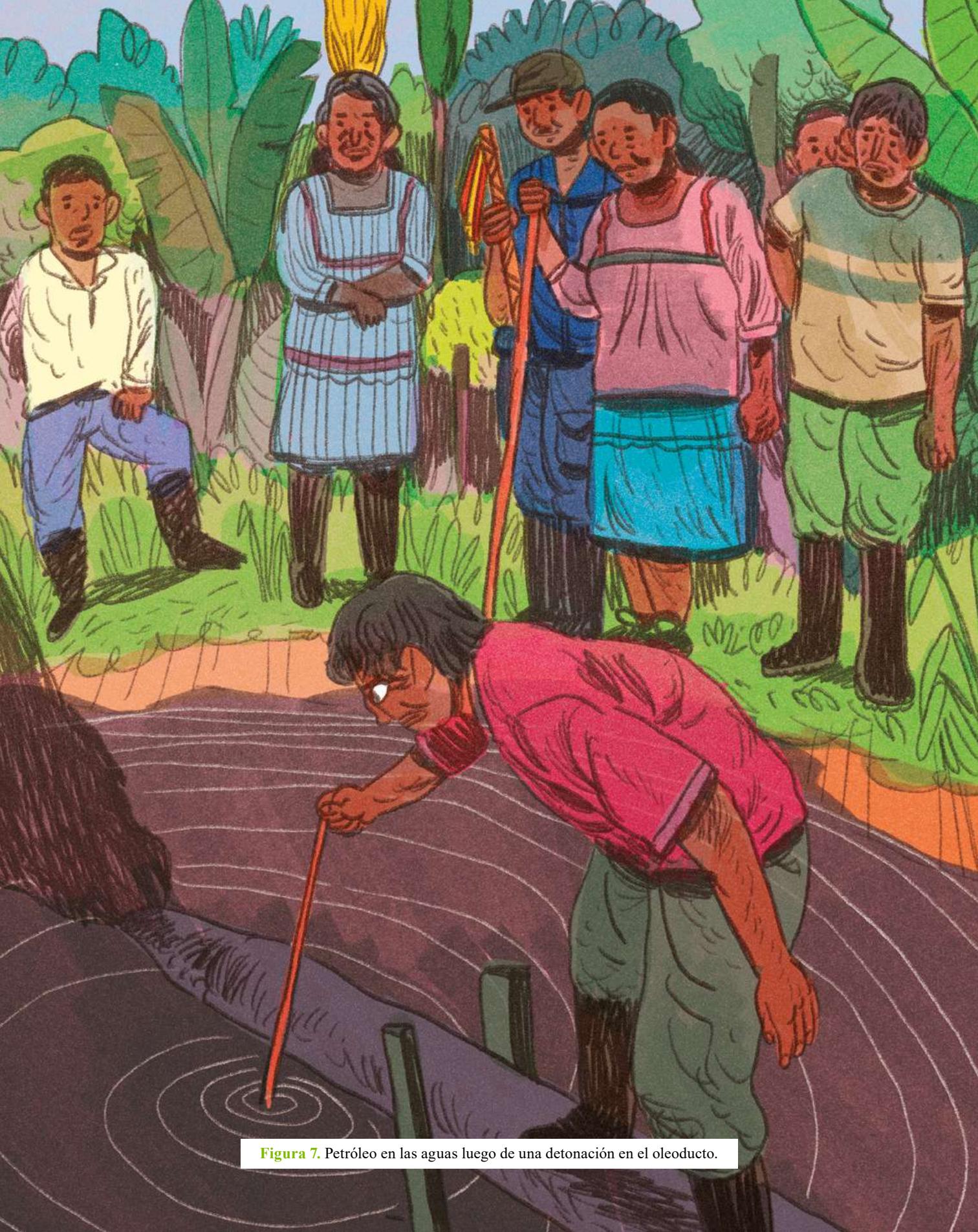


Figura 7. Petróleo en las aguas luego de una detonación en el oleoducto.

precio. Aseguran las autoridades tradicionales que ellos sembraban media hectárea, máximo una en sus parcelas; la combinaban con cultivos de arroz, plátano, maíz, yuca. Pero en vista de que había dificultades con la comercialización, con el transporte y los bajos precios, varios en la comunidad se vieron tentados a sembrar más coca. Cada tres meses recibían el dinero de la cosecha, lo que les permitió mejorar las condiciones de vida, y algunos de los que no cultivaban entraron a raspar la coca al jornal en las parcelas de los colonos.

Pero el crecimiento de los cultivos de uso ilícito impactó en sus costumbres. Los jóvenes se alejaron de las prácticas tradicionales, comenzaron a no participar en las mingas. Era común que algunos trabajaran en las diferentes etapas del procesamiento de coca, ya que significaba tener dinero de manera más rápida. Ante esto, los taitas señalan la falta de acompañamiento y apoyo de las instituciones estatales; se vieron obligados a emplearse en otras actividades para suplir las necesidades, lo que terminó afectando el desarrollo de la vida comunitaria.

A la ya difícil situación se le sumarían las fumigaciones aéreas. En el resguardo recuerdan que se dieron en el año 2000. Dicen que tiempo después del paso de las avionetas se fueron descubriendo daños irreversibles. Los animales de caza, como la ardilla, el guatín, el conejo de monte se espantaron debido a los químicos. Los cultivos de pancoger se vieron afectados, la tierra misma ya no tenía la misma calidad de antes y los árboles de frutos silvestres y plantas medicinales se secaron. «Todo se nos transformó. Los seres de la selva que se resguardaban en la samuna¹⁰, con esos ruidos, ya no querían permanecer», se lamentan. Así mismo pasó con los bosques, las selvas, las montañas —agregan— y las ceremonias en las que se usaban las plantas medicinales se fueron dejando atrás. «Todo estaba afectado».

Alguien recuerda: «Yo tenía un patrón que me ayudaba. Él me daba plata cuando me enfermaba o necesitaba algo. Yo estaba allá. En ese momento llegan las avionetas. Tres avionetas y cuatro helicópteros. Yo no hacía caso. Dije: “A uno qué le va a pasar”. Cuando casi me muero. Me tocó irme al hospital. Eso ha sido un veneno muy duro y a mí de una vez me cogió la piel, todo».

Después de las fumigaciones vinieron los enfrentamientos entre la guerrilla y el Ejército. Recuerdan que ocurrían en cualquier momento, a las tres de la mañana, a las cinco de la tarde. Varios se vieron obligados a desplazarse, a buscar refugio en Ecuador, aunque esto no fue garantía de seguridad: desde el otro lado del río San

¹⁰ Ceiba sagrada, a la cual señalan los kichwas de ser el centro del mundo.



Miguel veían cómo pasaban las avionetas en las noches, escuchaban los helicópteros en la madrugada. El temor constante no los dejaba ni dormir.

En un balance, la comunidad señala que una de las principales afectaciones es la pérdida de sus jóvenes. Muchos ingresaron de manera voluntaria y otros fueron reclutados forzosamente por las FARC-EP. En esa época solo quedaron los adultos en el resguardo, haciendo que las actividades culturales y deportivas se fueran acabando. Lentamente, la comunidad dejó de reunirse, de realizar las mingas por el temor. En el caso de las mujeres, se señalan como sobrevivientes. Muchas fueron abusadas. «Sufrimos todo tipo de violencia. Muchas de nosotras se fueron con ellos, obligadas por el mando que había».

Cuando se preguntan sobre cuál fue el objetivo de la guerra, no dejan de pensar en que querían desplazarlos del territorio para que entraran las empresas petroleras. Eso fue lo que encontraron cuando salieron por culpa de la guerrilla; regresaron y ya estaban instaladas. Para ellos, fue el primer intento que se hizo para sacarlos de la comunidad y ellos posicionarse.

Llegarían después los paramilitares. La presencia de las AUC tuvo dos objetivos. Por una parte, se encontraba el interés de disminuir el fortalecimiento militar, político y social que habían alcanzado las FARC-EP en 1996; y, por otra, se relacionaba con apropiarse de la producción, comercialización y rutas de movilidad de la pasta de base de cocaína. Hacia 1998, Putumayo llegó a tener 30 100 hectáreas de coca, es decir el 30 % del área sembrada del país. Los municipios del Bajo Putumayo concentraron el 87 % de los cultivos. La llegada de las AUC a la región se vio reflejada en el aumento de asesinatos, amenazas, desapariciones forzadas y el desplazamiento forzado de agricultores señalados de ser auxiliares de la guerrilla, líderes sindicales, comunitarios, políticos, docentes, trabajadoras sexuales e indígenas¹¹.

En 1999, el Bloque Sur Putumayo del Bloque Central Bolívar intensificó sus acciones para arrebatar a las FARC-EP el dominio de la producción cocalera. El 9 de enero cometieron la masacre de la inspección de policía de El Tigre, a menos de una hora de San Miguel. Allí asesinaron al menos a 28 hombres y desaparecieron cerca de 14, quienes fueron lanzados al río Guamuez. El 7 de noviembre, en una segunda incursión en el Bajo Putumayo, perpetraron las masacres de El Placer (Valle del Guamuez) y La Dorada (San Miguel). Asesinaron 11 y 6 personas, respectivamente. Posterior a

¹¹ Véase: CNMH, 2019; Tribunal Superior de Bogotá. Sala de Justicia y Paz. Postulados Iván Roberto Duque y otros, 2018.



Figura 8. Fumigación de cultivos.



Figura 9. Retén de las AUC.

estos hechos, el Bloque se instaló en el Valle del Guamuez, en el corregimiento El Placer, donde permaneció hasta su desmovilización¹².

Fue en septiembre del 2000 cuando el Bloque Sur Putumayo entró en La Dorada, lo que sería el inicio de su asentamiento en el municipio de San Miguel. Como respuesta, las FARC-EP realizaron un paro armado del 24 de septiembre al 28 de noviembre. Sin embargo, para diciembre de ese mismo año, los paramilitares ya habían consolidado un corredor entre el Puente Internacional, La Dorada, La Hormiga y El Placer. A su paso, anunciaban a la comunidad que era el inicio de un nuevo orden, de unas nuevas lealtades¹³.

Con estas noticias, el pueblo kichwa entró en alerta. Es cierto que a veces los veían por los lados del Puente Internacional y eran constantes las noticias de lo que hacían en San Miguel, en Puerto Colón, en La Hormiga. En San Marcelino recuerdan cómo aparecieron la primera vez: unos hombres armados retuvieron a varios que estaban en La Balastrea. Muchos no lo dudaron: dejaron sus cultivos, sus animales, sus hogares; tomaron sus botes para volver a tierras ecuatorianas. Otros decidieron esperar.

Con la avanzada del paramilitarismo, las FARC-EP aumentaron la presión sobre los habitantes de las zonas rurales; amenazaron y asesinaron a personas a las que señalaron de ser colaboradoras de las autodefensas. Así mismo, aumentaron los hostigamientos a la Fuerza Pública, sembraron minas antipersonales en las veredas cercanas a la cabecera municipal e incrementaron los atentados contra el oleoducto Trasandino.

Pero en San Marcelino coinciden en que fue el paramilitarismo el que los desplazó. Sin embargo, aseguran algunos, estos desplazamientos no duraban mucho tiempo, unas semanas, si acaso un par de meses. Las condiciones en Ecuador eran complejas: comenzar de nuevo era muy difícil, no había recursos, y el trabajo era poco, sin contar el abuso de los patrones. A pesar de los riesgos, la necesidad de alimentar a las familias era lo que los obligaba a retornar.

Al recordar estos momentos, la comunidad considera que el periodo con mayores afectaciones fue entre 2001 y 2006. A los continuos desplazamientos se les agregaron la instalación de campamentos, el confinamiento forzado, las amenazas, los asesinatos, las torturas, los señalamientos y los desaparecidos de manera forzada¹⁴. Recuerdan que las mingas se dejaron de hacer y las personas dejaron de reunirse.

¹² Véase: CNMH, 2019; Tribunal Superior de Bogotá. Sala de Justicia y Paz. Postulados Iván Roberto Duque y otros, 2018.

¹³ Véase: Tribunal Superior de Bogotá. Sala de Justicia y Paz. Postulados Iván Roberto Duque y otros, 2018, p. 3977.

¹⁴ Véase: Plan de Salvaguarda, 2011, p. 64.



Cuando se encontraban, hablaban poco, se iban a sus casas por temor. Los carnavales y toda forma de vínculo social desaparecieron.

Pero no solo eso. No eran pocas las veces en que debían negar su procedencia. «En ocasiones, nos escondíamos porque los paramilitares, cuando sabían que éramos de San Marcelino, nos mataban. A pesar de ser indígenas, debíamos decir que éramos de otros lugares para proteger nuestras vidas», dice uno de los participantes. El uso de la lengua se limitó; sin importar el bando, cuando se les descubría hablando en su lengua, eran amenazados.

Muchas mujeres recuerdan dos hechos que para la comunidad resultan emblemáticos. El primero tiene que ver con el abuso sexual. «Como mujeres hemos vivido en silencio y hemos tenido miedo de denunciar [...], porque las mismas autoridades eran cómplices de estos grupos». Una de las lideresas narra lo ocurrido el 15 de septiembre del 2002: en un retén paramilitar, en la vereda San Carlos, abusaron sexualmente de tres niñas y una señora. Algunas mujeres intentaron evitar el hecho, pero no fue posible, porque las amenazaron con hacer lo mismo con ellas. El segundo trata sobre la desaparición forzada, una de las graves afectaciones que, insisten, ha causado mayores desequilibrios en su sistema de vida: el 18 de octubre de 2005, los paramilitares se llevaron del puente de La Hormiga a seis estudiantes de la comunidad. De los seis, solo una menor fue rescatada por la Cruz Roja. Los demás fueron desaparecidos.

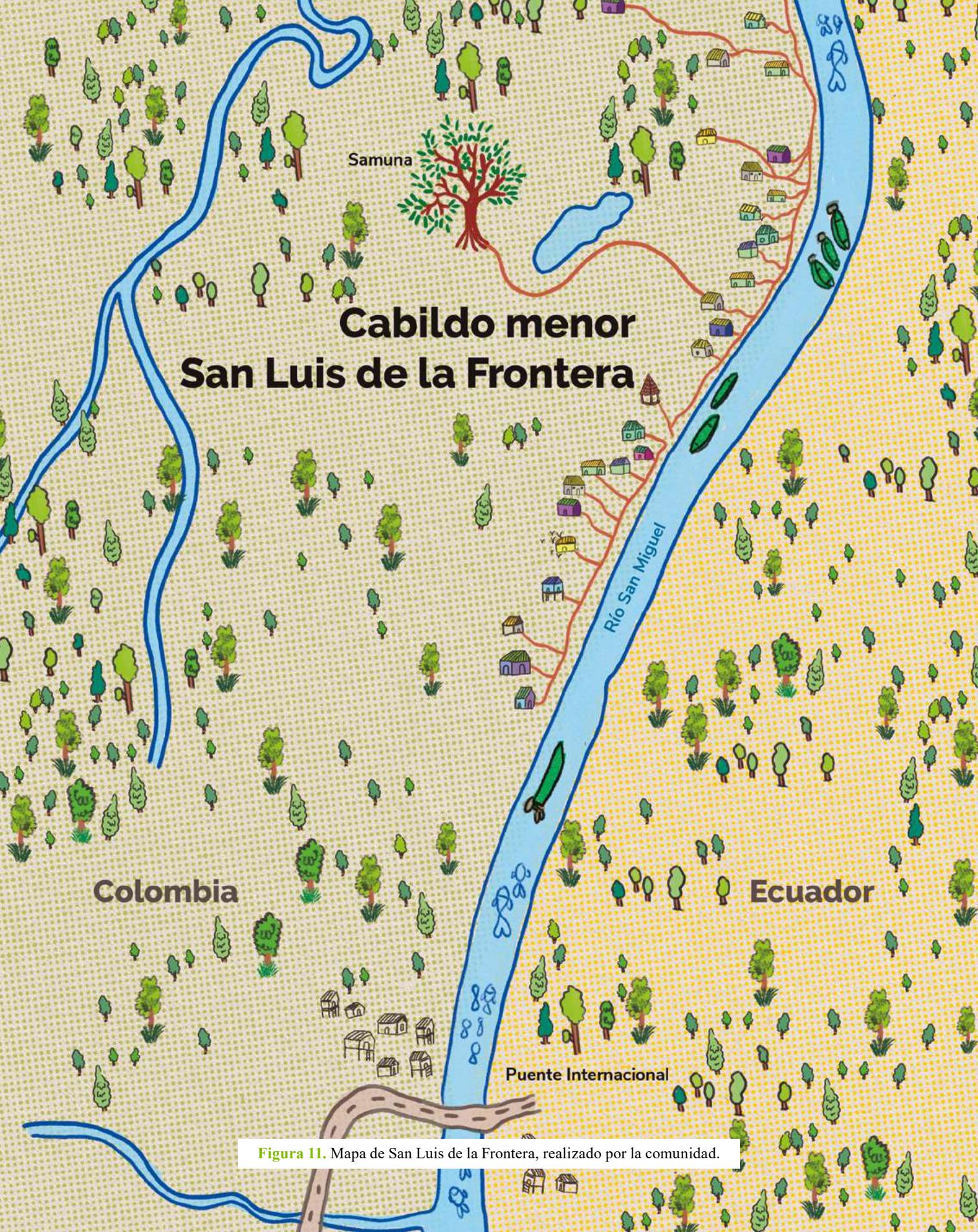
Si bien es cierto que el primero de marzo de 2006, el Bloque Sur Putumayo se desmovilizó en la vereda La Esperanza, municipio de Puerto Asís, a la región llegaron otros dos nuevos actores armados, Los Macheteros y Los Rastrojos. Al parecer, hicieron un pacto de no agresión con las FARC-EP, lo que traería menores impactos en la población. Sin embargo, las acciones de la guerrilla continuaron, siendo más visibles en inmediaciones del Valle del Guamuez y la inspección de El Tigre, hasta su reintegración a la vida civil en 2016.

Los asistentes aseguran que, si bien la violencia y la sangre derramada ha disminuido drásticamente, se lamentan de que en la actualidad aún hay presencia de grupos armados. Para ellos, es necesario que se logren acuerdos pacíficos entre los armados y la institucionalidad para continuar su proyecto de vida, y que a ellos los tengan presentes. Ante esto, señalan como injusto lo que sucedió en 2019, cuando su territorio fue fumigado de nuevo con glifosato: «Los peces se murieron, porque el químico cayó en las aguas de ríos y quebradas. Los cultivos se dañaron y algunas mujeres ahora están enfermas, han presentado pérdida de cabello. Muchos de los niños han tenido enfermedades de la piel».





Figura 10. Desplazamiento de la comunidad hacia Ecuador.



Cabildo menor San Luis de la Frontera

Samuna

Río San Miguel

Colombia

Ecuador

Puente Internacional

Figura 11. Mapa de San Luis de la Frontera, realizado por la comunidad.

Historia del cabildo San Luis de la Frontera

Los líderes y lideresas de San Luis de la Frontera se reunieron para recordar. Algunos rememoraron lo que sus padres les contaban, otros aún tienen en la cabeza cómo sucedieron las cosas. Coinciden en que fue en la década de los sesenta, en territorio ecuatoriano. Sus padres y abuelos se dedicaban a cultivar la tierra para comer, pero el dinero que les llegaba venía, sobre todo, de la minería de oro. Los dueños de las fincas y las tierras eran quienes les organizaban la vida; los obligaban a vivir con ellos, en las condiciones que ellos impusieran, pero, además, decidían quién se casaba con quién. Aparte, el trato no era del todo justo: debían intercambiar latas llenas de oro por ropa y un poco de dinero. En esa labor debían abrir el monte, pero lo más difícil y peligroso era tener que vérselas con los aucas¹⁵, otra comunidad indígena de Ecuador a la que tachan de brava y furiosa.

Ya muchos se habían ido. Las injusticias y el miedo los estaban impulsando a dejar Ecuador y perseguir una mejor vida al otro lado del río. Así que tomaron sus pocas pertenencias y lo decidieron: debían salir. Estaban en 1968. Tomaron los potrillos¹⁶ y se lanzaron al río Napo, se fueron río abajo y fueron a encontrar el río Coca. Alguien dijo que había una trocha por la selva que iba a dar a otro río, el Aguarico, y que valía la pena intentarlo. Dejaron la canoas porque no tenía sentido cargarlas, y se arriesgaron. Les tocó vérselas con las culebras, los tigres de monte, con todo animal salvaje, durante tres días hasta dar con las aguas del Aguarico. De nuevo, construyeron potrillos y tomaron río arriba, en donde encontraron el río Conejo, y sobre su ribera descubrieron las instalaciones de una compañía petrolera¹⁷. Allí vieron que alrededor había algunas casas levantadas; se acercaron a preguntar sobre el lugar, pero, sobre todo, para saber adónde los llevaba el río. Al San Miguel, les respondieron. Algunos no lo pensaron demasiado: debían tomar camino hacia allá.

15 Término que en idioma kichwa significa 'personas de selva o *salvajes*', debido a su actitud agresiva con otras comunidades indígenas, colonos y blancos. Estos grupos se ubicaban en Ecuador y de acuerdo con los relatos de la comunidad estaban dispuestos a atacar a todos los que pasaban por su territorio.

16 Nombre popular para las canoas.

17 Para la época, la Texas Petroleum Company (Texaco) y la Colombian Gulf Oil Company hacían presencia en el región. Sin embargo, la comunidad se refiere a la primera.



Tres familias se unieron para hacer el viaje. Los Ajón, los Chimbo y los Chiguango. Navegaron hasta dar a orillas del río San Miguel, y se enteraron por boca de unos cofán de que muy cerca había un lugar en donde estaban viviendo otros kichwa. Y entonces decidieron quedarse. Levantaron sus casas y sembraron inicialmente plátano y yuca; se metieron al río cuando llovía para instalar cañitos, una suerte de trampa para juntar peces; criaron gallinas y cerdos, y también salieron en expediciones para cazar tigrillos, cuya piel llegaron a vender por dos mil pesos, que, según sus propias cuentas, serían dos millones de pesos actuales¹⁸.

Es cierto que los habitantes del cabildo San Luis de la Frontera no convivieron directamente con quienes habitaban San Marcelino, pero la conexión sí se hizo. Entre los dos pueblos se abrieron trochas para ir a visitar a los amigos y a algunos parientes, y compartían algunas de las celebraciones. Vivieron todos en calma varios años, hasta que comenzaron los inconvenientes. El primero, recuerda la comunidad, fue aquella oportunidad en que llegaron a censarlos; les tomaron los datos y les prometieron que les llegaría un recurso económico del Estado, pero se fueron y jamás volvieron a contactarlos. Luego vendría el problema con los colonos. Las familias, ya más organizadas, se vincularon a la junta de acción comunal y también decidieron participar en la vida social. Es así como decidieron que debían enviar a los menores al colegio, pero la realidad es que fueron discriminados. Era recurrente escuchar «ahí están esos indios que toman chicha». Les decían que no debían pertenecer a las juntas: «nosotros acá y los indios allá», insistían algunos de los colonos. En el colegio, los niños no se aguantaban los insultos y las discusiones se resolvían a través de los golpes. Era difícil la convivencia, recuerdan, pero lo más difícil estaba por aparecer.

Sería a finales de los ochenta, dicen, cuando comenzaron a aparecer muertos en la región. Entre la gente se escuchaba un nombre, Los Masetos, pero no se sabía nada de ellos. Los rumores de que estaban cerca eran constantes, y llegó el momento de que recibieran la noticia de que unos hombres armados hacían presencia cerca de San Miguel. La versión que circulaba era que construían pistas de aterrizaje en la selva, y que traían coca y mucho dinero desde Perú. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo cuando se desató una pequeña confrontación en la zona.

En el sector conocido como La Torre, ubicado a solo unos cuantos metros del Puente Internacional entre Colombia y Ecuador, y a varios kilómetros de San Luis de la Frontera, apareció otro grupo armado paramilitar cuyo interés era entrar a disputar el negocio de la coca. Se les conoció como Los Conejos. Algunos dicen que se

¹⁸ Práctica que en la actualidad se encuentra en desuso.

encargaban de robar la coca procesada y el dinero; se escondían en los caminos y asesinaban a los transportistas sin misericordia. Fueron doblegados rápidamente, pero las consecuencias mortales ya estaban desatadas. Lo que no esperaba nadie es que este fuera tan solo el inicio de uno de los ciclos de violencia que arreciaría años después; finalizando los ochenta, con la aparición de la guerrilla en la región, emergería el segundo ciclo de violencia.

«En esa época hubo mucha mortandad», dicen. Se escuchaba hablar de la guerrilla, pero siempre se pensó que la posibilidad de que pisara la zona era lejana. Sin embargo, comenzó a llegar información de darse enfrentamientos con Los Masetos y luego se difundió lo que ocurría en San Miguel: «allá, quien quería entregar a alguien para que lo desaparecieran o fuera asesinado, tan solo debía saludarlo y darle unas palmadas en los hombros en un lugar público». Era la señal. En San Luis estaban asustados por tanta noticia fatal. Aseguran que esto los afectó fuertemente y decidieron confinarse por seguridad. Los caminos fueron abandonados para que se los comiera la selva, pues comenzaron a ser transitados por hombres armados.

Sucedió una noche, cerca de las ocho. Estaban descansando y escucharon el caminar de gente. Nadie se quiso asomar. Estaban atentos al sonido de los maderos al cortarse y a las voces que no distinguían dando órdenes. Luego se alejaron. Minutos después, de repente, sintieron cómo la tierra se movía bajo sus pies. El susto los obligó a salir y hallaron que se lanzaba «algo» desde una pequeña colina cerca de su territorio con dirección al Puente Internacional¹⁹.

La guerrilla comenzó a hacer más presencia, y en San Luis se las tuvieron que ver también con el tema del reclutamiento forzado. A las zonas de cultivo llegaban guerrilleros a convencer a los menores, a veces de tan solo doce años, según recuerdan, para que se les unieran. Los padres se negaban, y por miedo a que se los llevaran cuando menos los esperaban, decidieron estar al lado de los jóvenes en todo momento. Vivieron con esa zozobra y esa presión durante casi una década, hasta que llegó el tercer ciclo de violencia: la llegada de los paramilitares²⁰.

La comunidad coincide en señalar que fue la época más difícil. De la boca de todos se escuchaba hablar de las desapariciones forzadas, las violaciones a las mujeres, los asesinatos que ocurrían no solo en la zona, sino en el poblado de sus vecinos, el resguardo San Marcelino. Muchos coinciden en San Luis en que la primera vez que

¹⁹ Refiere a una bomba.

²⁰ Se trataba del Bloque Central Bolívar.



los vieron fue una tarde. En ese tiempo los adultos tenían por costumbre cocinar desde muy temprano, dejar a los niños en la casa e irse a trabajar para volver horas después. Sería uno de los comuneros quien los vio. Había regresado de revisar sus cultivos y, de la nada, había llegado «un hombre muy bien armado» a su casa. Le preguntó al comunero si los que ahí vivían eran católicos o qué religión tenían. El comunero respondió que católicos. El desconocido indagó con quién vivía, cuántos eran, qué hacían, si tenían comunicación con otras personas uniformadas. Al no conseguir respuestas claras, el armado continuó y fue a buscar otras casas para preguntar lo mismo.

Poco tiempo después, de San Marcelino llegaban noticias de personas masacradas, mujeres violadas y más desaparecidos. Y cuando debían acercarse al Puente Internacional, veían cómo los paramilitares llegaban en camionetas, montaban retenes, pedían las cédulas y los obligaban a recitar el nombre y el número de identificación; si alguien no contestaba, se lo llevaban. Lo más difícil, dicen varios, era ver bajar los cuerpos por el río San Miguel y el agua de la que tomaban y sacaban los peces quedaría prohibida. Se vieron entonces desamparados y pronto apareció entre ellos el rumor de que pronto llegarían a San Luis. Fue así como decidieron buscar ayuda en el territorio de sus abuelos: las montañas de Ecuador.

Allí la guardia no los molestaba; únicamente les pedía la identificación y los dejaba pasar. Pero el miedo seguía existiendo, porque los paramilitares repetían constantemente que, sin importar en dónde se encontraran, los iban a matar. Decidieron entonces caminar por las orillas del río San Miguel para meterse a los caños, por si acaso debían esconderse; cazaban y pescaban para alimentarse y dormían en cambuches fabricados con plásticos que hallaban. Se dieron a la tarea de construir algunas canoas solo para salir a comprar sal y dulces para los niños; si se necesitaba algo más, debían aguantar. Dicen que el problema más complicado era soportar los zancudos y estar atentos a las culebras. Cuando pudieron acomodarse un poco más, fueron saliendo al pueblo a buscar trabajo, sobre todo los hombres, a que les dieran un día, dos días, una semana de trabajo. Pero no fue tan fácil como creyeron. La idea de volver les fue dando vueltas en la cabeza y así lo hicieron, con mucha cautela.

Al hacer un balance general, los habitantes de San Luis de la Frontera manifiestan que se vieron en medio de las disputas por el control territorial y las economías ilícitas. No obstante, aceptan que también existió otra situación que complicó el panorama. Dicen que comenzó en la mitad de los ochenta, posiblemente en 1984. Cuando llegaron, se distribuyeron las parcelas bajo una consigna familiar, pero sin pretender que cada espacio tuviera grandes dimensiones. Caso contrario a lo que ocurrió con



los colonos, quienes se asentaron cada vez más cerca, sin importar, afirman, que la tierra ya hacía parte formalmente del resguardo San Marcelino, creándose una maraña legal que aún sigue sin una solución pronta.

Pero hay más: muchos de los colonos, desde los inicios, sembraron la coca para procesarla. Era cierto, aclaran, que muchos en San Luis la usaban con fines medicinales, pero la crisis económica y una suerte de presión al ver a los colonos sin apuros monetarios, los impulsó a hacerlo. La diferencia estaba, aclaran, en que no tenían las grandes extensiones de tierra; tan solo destinaban un pequeño espacio para sembrarla, porque no podían abandonar los cultivos de pancoger. No había alguien específico al que le vendieran la hoja; a cualquiera que estuviera interesado se la vendían. Pero todo cambió en 2005 con el inicio de las aspersiones aéreas. Era normal ver los aparatos planeando bajo, rociando un químico desconocido. Recuerdan que solo serían dos aspersiones en un espacio de cinco o seis meses, y les dijeron que solo afectaría la hoja de coca. Lo creyeron. Poco tiempo les bastó para ver las plantas de yuca y los platanales caerse. Y ni qué decir del agua y los peces. Las fumigaciones los entregaron a la desgracia, aseguran: las enfermedades afectaron a los niños, les aparecían granos en la piel; las aguas de todos los caños quedaron contaminadas, no había de donde tomarlas sin riesgo; los peces se vieron afectados en un rango de varios kilómetros; las plantas medicinales se secaron; varios niños y adolescentes no regresaron al colegio porque las familias no tenían recursos para mandarlos; el trabajo en las fincas se redujo drásticamente. Dicen categóricamente que la tierra «se dañó». Por ejemplo, agregan, se sembraba yuca, pero crecía «tan delgada como un dedo».

Hoy, dieciocho años después, sostienen que están recuperándose de estos daños, aunque recuerdan que los indemnizaron con unas gallinas. Cuando hablan del futuro de San Luis, esperan que los hijos y los nietos puedan recibir un espacio con una naturaleza viva, agua en abundancia, limpia, como la tuvieron muchos en su niñez. Siguen rechazando la violencia y no quieren que esas épocas duras regresen.





Figura 12. Mapa del cabildo, realizado por la comunidad.



Figura 13. Río San Miguel.



Figura 14. Muelle del cabildo San Luis de la Frontera sobre el río San Miguel.



Figura 15. Maloka del cabildo San Luis de la Frontera.





Figura 16. Escuela del cabildo.





Figura 17. Cultivo de zapallo.





Figura 18. Líder Ricardo Chimbo Ajón.



Figura 19. Lidereza María Albertina Jacanamejoy.



Figura 20. Lideresa Ana Lucía Tobar Jacanamejoy.



Figura 21. Líder Miguel Ángel Ordóñez Calapuche.



Figura 22. Líderes y lideresas del cabildo San Luis de la Frontera.





Figura 23. Planta de algodón.



Figura 24. Mapa del cabildo Juan Cristóbal, realizado por la comunidad durante el taller de memoria del CNMH, 2023.

Historia del cabildo Juan Cristóbal

El cabildo Juan Cristóbal está demarcado en un globo de 229 hectáreas. Se encuentra a tan solo unos kilómetros del Puente Internacional San Miguel, que conecta a Colombia con Ecuador, y está distante de las tierras del resguardo San Marcelino y del cabildo San Luis de la Frontera. Allí se recuerda que los primeros habitantes que le dieron origen hicieron parte también de la expedición que fundó el asentamiento de San Marcelino. Si se les busca de manera formal en algún documento de carácter oficial, la verdad es que no aparecen. Tendría que buscárseles con el nombre de Globo 4 resguardo Amaron, pero lo que ellos esperan en realidad es que se les reconozca con el nombre de Juan Cristóbal, siendo esta una de sus más recientes luchas.

Entre jóvenes y ancianos se sentaron para recoger las piezas de cómo nacieron, recapitular sobre lo que les pasó y pensar en el futuro. Esta es su historia.

Dicen que fue hacia finales de la década de los cincuenta, en 1957 aparentemente. Del grupo de kichwas que salió de Ecuador para fundar San Marcelino, dos personajes decidieron con el tiempo tomar otro rumbo. Sería Juan Carlos Chivango quien tomó la iniciativa, que luego sería seguida por Cristóbal Grefa. Los dos hombres con sus familias se alejaron para buscar otra oportunidad sin perder de vista sus raíces. Como sus padres y abuelos, tenían vocación de ser mineros, y fueron en busca de oro; y como buenos amigos se ayudaron: las familias se turnaban el cuidado de los niños, mientras los otros se internaban en el territorio para domesticarlo y trabajarlo. El esfuerzo les dio resultados positivos, y la buena vida llegó a oídos de veinte familias más, que se les unieron, para así crear un nuevo poblado.

Fueron años buenos. Vivían rodeados de selva, la que les proporcionaba animales para la caza. El río San Miguel les daba la pesca, y fueron abriendo espacio para cultivar zapallos, plátano, maíz, yuca y maní, y criar pollos y gallinas. Si hay algo que destacan en sus recuerdos son los partos: todos nacían en las casas, sin los problemas que acarrea ir a un hospital. Y qué decir de la chicha. Las abuelas se levantaban a las cuatro de la mañana, cuando hacía mucho frío, para prepararla; la entregaban caliente y se la tomaban como si fuese un café. Así mismo, manifiestan que antes no había tanta enfermedad como ahora; los mayores recurrían al yagé y a otras plantas



medicinales para las picaduras de culebras, las diarreas, hasta el dolor de los partos. Todo lo tenían a la mano. No se necesitaba más. Sí, dicen que vivían mejor, hasta que llegó el oleoducto y la carretera.

Eran mediados de los ochenta, quizás 1986, según algunos. En el cabildo veían los helicópteros llevando grandes tubos y, además, veían gente desconocida en la zona. Nunca se les informó que por sus tierras pasaría el oleoducto Trasandino, pero entendieron que era una oportunidad de hallar trabajo, y fue por esto por lo que algunos aceptaron la nueva situación y, además, fueron decididos a que les dieran un puesto en la obra. Sin embargo, no tuvieron fortuna; les decían que necesitaban gente calificada y, para los ingenieros a cargo, ellos no lo eran. Solo uno lo consiguió: cuidar una de las máquinas.

Otro desenlace tendría la construcción de la carretera. Coinciden en decir que fue en los inicios de los años noventa. «Con la carretera van a entrar carros. Podrán llevar a los enfermos al hospital», les dijeron. «Y habrá trabajo». La población en Juan Cristóbal estaba aumentando, no había mucha oferta de trabajo y la realidad es que las familias necesitaban más ingresos. Había que comprar sal y azúcar. Al inicio fue una buena época, no encontraron inconvenientes. La gente tenía dinero en sus bolsillos; los jefes estaban contentos con la forma de trabajar y poco o nada les importaba si iban de cacería, si tomaban chicha o se organizaban en las mingas.

Los impactos los comenzaron a encontrar cuando la vía se hizo realidad. La cacería y la pesca eran cada vez más difíciles. La Policía y el Ejército entraban en cualquier momento, pero no solo eso, a veces estos últimos se mantenían por un tiempo en la zona. Lentamente, la fuerza pública asumió la administración de la ley en la zona, era la encargada de resolver los conflictos, lo que fue modificando su tradición de impartir la justicia como tiempo atrás lo habían hecho sus ancestros.

Uno de los impactos que más lamentan algunos de los mayores es que la carretera trajo a los colonos. Cuando la nueva vía llegó hasta el río San Miguel, se pensó que todo había terminado. Sin embargo, la realidad es que se trataba de territorio fronterizo con Ecuador y el plan de los dos gobiernos de la época era conectar los dos países a través de un puente. El Gobierno colombiano le compró las tierras a un hombre llamado Modesto, y cuando se inauguró, dicen que lo que siguió fue fatal, pues la conexión atrajo más colonos. Entre todos se fueron tomando las tierras baldías, concentraban grandes extensiones, y poco a poco fueron acaparando todo.



La llegada de extraños tuvo otras consecuencias: Las mujeres y hombres de tradiciones kichwa comenzaron a relacionarse y convivir con gente «blanca». Antes solo estaban ellos y no pasaba la gente por su territorio; se encontraban con otros cuando salían en las canoas por el río o cuando iban a intercambiar o comprar productos. Ahora era diferente. «Si no hubiera estado esa carretera, estaríamos aquí puros indios, no más», se lamentan algunos.

Estaban frente a tiempos difíciles. Aunque no eran ajenos a escuchar las historias de los grupos armados ilegales, no pensaron que les fuera a tocar esas dolencias.

Era cierto que los veían pasar por sus casas, pero fue hasta un domingo de 1995 que se enteraron de que habían llegado para quedarse. Algunos de los habitantes de Juan Cristóbal esperaban un carro para transportarlos a San Miguel. Caminaron hacia el puente internacional mientras aparecía alguien que los llevara, y vieron sobre el río el paso de varios botes llenos de tanques y barriles. No prestaron atención, más allá de ser solo un tránsito más de la guerrilla, hasta que, horas más tarde, escucharon las explosiones que, según dicen, solo pararon hasta la medianoche. En el cabildo la gente se encerró en sus casas y rezó. Los carros se detenían y algunos eran abandonados; fueron usados por los guerrilleros para esconderse y no ser ubicados por un avión fantasma que sobrevolaba el lugar, el cual disparaba sin importar quién estuviese.

De ahí en adelante, en Juan Cristóbal les tocó convivir con los guerrilleros. Cuando hacía presencia la fuerza pública los señalaban de ser cómplices de la guerrilla, los señalaban de conseguirles comida y bebida y de saber en dónde estaban. En respuesta, callaban; a veces decían que sí, que la guerrilla aparecía para pedir agua y ellos no le negaban eso a nadie. Además, ¿qué más podían hacer si pedían agua con un fusil en la mano? Pero no los escuchaban; al contrario, los amenazaban con llevarlos presos.

El cabildo fue testigo de uno de los mayores impactos cometidos por la guerrilla: el daño a la naturaleza, la que tanto está vinculada con su forma de vida. Se volvió recurrente una imagen: ver hombres armados llevando en sus espaldas unos objetos oscuros y redondos: eran llantas. Se ubicaban cerca del tubo del oleoducto, distanciándose veinte metros uno del otro. Agazapados, se tomaban unos minutos para envolver los tubos con las corazas negras y luego se perdían entre los matorrales. Minutos después todo el poblado se aturdió con el ruido de las explosiones. Luego de eso el panorama era para lamentarse: eran dos o tres días seguidos en que el petróleo seguía encendido, negándose a desaparecer, al tiempo que una mancha negra tomaba camino a los ríos y la quebradas. Nada se podía hacer. Cuando se calmaban las llamas, iban a revisar. Debían andar con cuidado, porque en ocasiones encontraban



llantas sin explotar. Y ya sobre la tierra chamuscada sentenciaban: «No, acá ya no nacerá comida».

Así sería la convivencia forzada con la guerrilla. Pero, para su desgracia, pronto la violencia se recrudecería. Fue en el 2000 cuando se le sumó a la tragedia la llegada de los paramilitares. Algunos recuerdan que fue en la madrugada. Golpearon en los ranchos y señalaron a un joven de pertenecer a la guerrilla. Era un señalamiento injusto. Dos noches después los desconocidos regresaron con la misma acusación, aunque esta vez, más allá de las anteriores amenazas, lo asesinaron. Este homicidio obligó a algunos a tomar la decisión de irse a Ecuador y dejar sus pertenencias. A veces venían para echar un vistazo y mirar si los animales continuaban vivos. Quienes se quedaron experimentaron de primera mano los asesinatos, las desapariciones, los bombardeos.

Reviviendo esta experiencia, la gente en Juan Cristóbal se detiene a pensar y concluye que, a pesar de todo, son un pueblo valiente. El conflicto armado les dejó cuatro muertos y dos desaparecidos, todos responsabilidad de los paramilitares. «Fuimos muy guapos, tercos, duros, al aguantarnos esos bombardeos todos los días, esas bombas», dicen. «Nos fuimos, algunos un año, otros más. Las casitas se desaparecieron. En los bombardeos abrazábamos a los niños. Aguantamos la candela que les pusieron a los tubos que transportaban el petróleo y, fíjense, nosotros aquí, seguimos aquí».

La lucha los llevó a organizarse. Empezaron a trabajar en el cabildo, pero de manera más formal. Una de las primeras decisiones como comunidad unida fue construir su propia escuela. No querían enviar a los niños a la de Amaron o a Puerto del Sol. Tomaron un predio abandonado, desbarataron la casa en ruinas y la levantaron de nuevo. Para la enseñanza contrataron un profesor con sus propios recursos. Acordaron que cada familia debía entregar entre setenta y ochenta mil pesos mensuales y, como había cerca de cuarenta niños cuando empezó el proyecto, debieron pagarle también a alguien para la alimentación de los menores. Todos se sienten orgullosos de la escuela; la han reconstruido en dos oportunidades más con su propio dinero. Cemento, varillas, madera, todo ha salido de su esfuerzo.

En todo este proceso de resistencia, lucha y organización, hay algo que no puede pasar inadvertido: la cabeza de todo han sido las mujeres. Ellas han sido las forjadoras principales y han sido designadas como gobernadoras y directivas: Lucía Elvira Cerda Machoa, Martha Oliva Cerda Grefa, Omaira Grefa Cerda, Rosalía Yumbo Payaguaje, Gloria Adriana Cerda Grefa, Luz Mila Cerda Grefa, Daira Noa Sequigua, Dayana Vanessa Cerfa Grefa. Pero más allá de eso, lo que se superpone en toda acción es

que prevalece un sentido de futuro: «El sueño de todos en Juan Cristóbal es que los jóvenes que vengan no pierdan la cultura. Seguir más de lo que estamos, seguir recuperando los que somos. Si Dios permite, seguir adelante. Y que nuestros niños sean como han sido los ancestros y no se pierda esto, igual para nuestra lengua materna».



Figura 25. *Así queremos vivir*, realizada por la comunidad del cabildo.





Figura 26. Gobernadora del cabildo, Daira Noa Siquigua (2023).



Figura 27. Gobernadora del cabildo, Dayana Vanessa Cerda Grefa (2024).





Figura 28. Lideresa Mercedes Grefa Andi.



Figura 29. Autoridad tradicional Jorge Grefa Andi.



Figura 30. Lideresa Lucía Elvira Cerda Machoa.



Figura 31. Lideresa Omaira Grefa Cerda.



Figura 32. Lideresa Yajaira Nayeli Chimbo Tapuy.



Figura 33. Mural del cabildo Juan Cristóbal.



Figura 34. Cabildo Juan Cristóbal.





Figura 35. Siete perfiles biográficos, basados en los dibujos de sus familiares.

Perfiles biográficos

En el llamado *Hecho 1836. Masacre del 8 de octubre de 2005*, de la sentencia del Tribunal Superior del Distrito Judicial de Bogotá, Sala de Justicia y Paz, contra Iván Roberto Duque Gaviria y 273 postulados del Bloque Central Bolívar, se señalan las siguientes víctimas menores de edad del resguardo San Marcelino: Arturo Grefa Yogue, Floralba Inés Grefa Proaños, Cléver Cerda Vargas, Clara Helena Cerda Grefa y Franca Alina Vargas Proaños (víctimas de desaparición forzada); Remigio Alcívar Vargas y María Liduvina Proaños Andy (víctimas además de desplazamiento forzado). Sus perfiles e historias fueron creadas a partir de las voces de sus familiares. Por solicitud de las autoridades tradicionales, se agregó un octavo perfil, el de María Liduvina Yogue Queta (también reseñada en la sentencia), a quien la comunidad le reconoce su trabajo.

En algunos casos se optó por el perfil basado en la descripción de sus cercanos o, como en el caso de Remigio, se consideró una carta dirigida a uno de sus hijos (Remigio fue una de las dos personas que sobrevivieron al acto, junto con María Liduvina); y en otros, la reconstrucción de un hecho cotidiano con detalles ilustrativos avalados por los familiares.





Figura 36. Basado en dibujo de Arturo, realizado por sus hermanos.

Se vive para reír

Arturo Grefa Yoge

Arturo era alto, delgado y fuerte, como el árbol de naranja que sembramos juntos. Ese que aún ahora me lo recuerda cuando visito la casa en donde vivíamos. «Recuerdo que alguien nos regaló las semillas y las sembramos, cada uno apostando a que su árbol crecería más y daría las mejores naranjas», cuenta su hermano Wilfredo.

Desde niño siempre fue muy alegre y extrovertido. Carlos, otro de los hermanos de Arturo, recuerda los juegos y las peleas; dice que la diversión solo terminaba cuando alguno de ellos quedaba llorando. Pero no duraban bravos, porque rápidamente estaban planeando el próximo juego. Hacían carros con latas de sardinas, jugaban en la quebrada haciendo toboganes entre las piedras, se tiraban terrones de tierra mojada y hasta saltaban entre los árboles. «Con Arturo no había tiempo de aburrirse».

Como desde pequeño fue tan activo, le encantaba comer. Liduvina, su mamá, recuerda que se comía hasta tres platos de una vez y no engordaba. A ninguna comida le ponía problema, todo le gustaba. Así que ella le preparaba la comida tradicional kichwa, como la rayana²¹ y el pescado ahumado.

Decidió no estudiar, solo hizo hasta tercero y se retiró. Dijo que tenía otros intereses. Y es que desde muy joven fue un gran trabajador; le gustaba acompañar a Benito, su papá, a trabajar, además de conseguir la leña, el agua, cocinar y hasta cortar el yagé. Su vida era feliz.

Cuando llegó a los 19 años, comenzó a disfrutar mucho más de las fiestas. Era muy rumbero y le encantaba bailar. Podía ser reguetón, salsa, merengue y hasta *rock and roll*. Él siempre estaba listo para divertirse. Casi siempre andaba con sus amigos, Cléver y Ruber. «En ocasiones, el pasarla de fiesta en fiesta le trajo problemas», recuerda Benito. «Como aquella vez que estaba con una muchacha. Llegó otro joven, también interesado en ella. La situación se puso tensa. El joven atacó a Arturo, sacó un arma y le disparó. El tiro le dio en la cara. Tuvimos que llevarlo hasta Neiva para que lo operaran, pero perdió la capacidad de ver por un ojo».

²¹ Plátano rallado cocinado.

Esto no lo detuvo. Cuando volvió al resguardo una vez recuperado, continuó disfrutando. En una de esas ocasiones se presentó otro incidente. Cerca del puente de La Hormiga, en una celebración, se quedó dormido. Uno de los jóvenes que se encontraba allí, ebrio, hizo un disparo al aire que hirió a Arturo. Nuevamente tuvieron que trasladarlo de urgencia a Neiva y allí duró hospitalizado dos meses. Al regresar a casa, de manera jocosa decía: «¡Llegó el muerto!». Así era: resaltaba las cosas buenas sin importar las circunstancias.

La alegría que siempre estaba en el rostro de Arturo es la que hoy, con una sonrisa, recuerdan sus padres y hermanos. A pesar de lo difícil que es recordar ciertos momentos de sus vidas, repasan en sus cabezas las anécdotas, las risas contagiosas, y se encuentran con esa personalidad que admiran, pues, como ellos dicen, fue una persona generosa y solidaria.





Figura 37. Carlos Óliver, hermano de Arturo.



Figura 38. Benito, autoridad tradicional y padre de Arturo.



Figura 39. Magdalena, hermana de Arturo.



Figura 40. Narbey Iván, hermano de Arturo.



Figura 41. Sulma, hermana de Arturo.



Figura 42. Amparo, hermana de Arturo.



Figura 43. Marcelo, hermano de Arturo.



Figura 44. Familia de Arturo.





Mi hijo Arturo Gref yoje
me dejo de Recuerdo que el mo
compañio a ir acortar yaje y traer la
leña y agua y cocinar
el era un trabajador toda la vida
onde iba el papá + M el compañava
a trabajar

Figura 45. Carta de Benito a Arturo.

ESTE MENSAJE ES PARA MI HERMANO ARTURO G.

tener un hermano es el mayor regalo que pueden hacernos nuestros padres, por eso se dice que cada hijo o hermano multiplica la felicidad en la familia o la resta si perdimos al gusto de ellos.

Cualquier pérdida de una familiar o amigo querido será dolorosa e incomprensible, pero si se trata de un hermano, este dolor se agrava todavía más por que el lazo de la unión entre dos hermanos además de genético es incomparable a cualquier otro en efecto y amor.

Un hermano como tu es
difícil de encontrar, hoy te
has ido para siempre pero
tu recuerdo siempre
prema necera en mi

Rocío Grefa.

San Marcelino San Miguel Putumayo

30 Septiembre 2023

Querido Hermano Arturo Grefa:

En esta hoja de papel quiero expresar los recuerdos que un día compartimos cuando eramos niños, los juegos, las peleas y el compartir de los alimentos que hacíamos cuando mamá y papá no estaban, cuantos recuerdos de tristezas me llegan a mi mente, pero es difícil volver hacia atrás.

Hace 18 años que nos arrebataron la felicidad de poder seguir conviviendo como hermanos dejando un vacío en la familia y destruyendo el ser profundo de mamá, pero se que desde alla donde tu estas tal vez nos ilumine y tambien se que algun dia estaremos en el mismo lugar.

Con estas cortas frases descio que Dios te tenga en su santa gloria, y me despido con una gran tristeza en el alma y en el corazón.

Atentamente:

Su hermano Carlos Oliver Grefa

Querido hermano Arturo Grefa
te queremos encontrar aunque
un pedacito cuando estavamos
en la casa con nuestro hermano
jugavamos y ivamos a bañarnos
guitavamos y hasta peliábamos entre
niños y ahora que no estas con la
familia nos hace falta tequeremo
verte juntos con nosotros halado
de tu madre y tu padre y nuestro
hermanos y hermana

Atentamente
Luz Mary Grefa



Figura 48. Carta de Luz Mary a Arturo.

PARA MI HERMANO ARTURO GREFA

Querido hermano,

hoy quiero dedicarte estas palabras llenas de Amor y gratitud, en honor a tu memoria y a la profunda conexión de la familia. ♥

♥ aunque tu partida nos ha dejado un vacío inmenso, quiero recordarte por la persona maravillosa que fuistes y por el impacto positivo que dejaste en nuestras vidas.

♥ Tu partida repentina nos ha dejado con un profundo dolor, pero también con la certeza de que tu espíritu vivirá eternamente en nuestros corazones. Tus risas contagiosas, tu generosidad desinteresada y tu amor incondicional seguirá siendo una inspiración para todos nosotros. Aunque ya no estés físicamente presente, tu legado perdurará en cada acto de bondad que realicemos y en cada sonrisa que compartamos. ♥

A veces me pregunto por qué la vida nos separó tan pronto, porque nos arrebató la oportunidad de que tu me vieras crecer. Pero entonces recuerdo que los lazos verdaderos trascienden el tiempo y el espacio. Nuestra conexión va más allá de lo terrenal y sé que, aunque no pueda verte, siempre estarás conmigo, guiándome y protegiéndome desde el cielo.

hermano querido, te extrañamos profundamente. Tu ausencia deja un vacío imposible de llenar, pero nos consuela saber que estás en paz y libre de cualquier sufrimiento. prometo honrar tu memoria viviendo una vida plena y significativa, aprovechando cada instante y amando incondicionalmente a quienes me rodean

aunque mi corazón está lleno de tristeza, también está lleno de agradecimiento por haber tenido el privilegio de llamarte mi hermano. quisiera que el pasado regresara para poder abrazarte y decirte cuánto te quiero siempre me sentiré orgullosa de ser tu hermana.



Figura 50. Basada en dibujo de Floralba, realizado por su madre.

Una niña de casa

Floralba Inés Grefa Proaños

La manta envuelve a Floralba dos veces. Tiene cuidado de que en su espalda quede un espacio para que Wilmer entre y se acomode en él. Es tan delicado: tiene solo unos días de nacido. Floralba lo alza con cuidado, se agacha y hábilmente lo pone atrás. Sale con él al patio, lo lleva al río, lo lleva a traer la comida. No hay una niña más dichosa que ella con su nuevo hermanito.

La alegría de Floralba vino meses atrás. Fue una mañana cualquiera antes de salir al colegio. Filomena, su mamá, se había levantado para preparar el fogón para el desayuno, caminando despacio; cada paso venía con una queja, el dolor de espalda, el dolor de los pies y los tobillos. Desde el rincón habitual de la cocina, en donde siempre comía antes de salir, Floralba la miraba y la escuchaba. Sin embargo, había algo más que le intrigaba: la barriga de mamá crecía. Floralba nada decía; la miraba fijamente, pensando en cuál sería la dolencia de su mamá y cómo podía ayudarla. Su mamá poco se quejaba de las cosas. Filomena servía el desayuno, giraba su cuerpo despacio, se tomaba la cintura, los pasos casi arrastrados, respiraba hondo. Floralba no aguantó más:

—Mami, ¿usted qué es lo que tiene?

Filomena apenas contuvo el aliento. Se recostó contra una pared, apretó su cintura y buscó la mirada de Floralba. Quiso mantener una mirada seria, pero al final no pudo y se le escapó una carcajada.

—¿Usted qué cree? —respondió, mientras pasaba la mano por el vientre.

Para Floralba algo no estaba bien.

—No sé... —dijo la niña.

Filomena sonrió.

—Estoy embarazada —responde.

—¡Va a venir un hermanito?!

—Eso parece.



Floralba lleva a Wilmer a traer plátanos. Quiere preparar una sopa para el almuerzo, ojalá de pescado, porque le gusta a Filomena, pero vaya uno a saber qué traerán sus hermanos de la selva. Toma el machete y busca el camino hacia los platanales. Le dice a Wilmer que le gusta mucho una canción, que se la quiere enseñar. Es ahí que canta una y otra vez, repite la tonada y le pregunta a Wilmer de vez en cuando si le agrada también. El niño está tranquilo. Floralba apura el paso, se acerca al primer racimo que ve y suelta un golpe seco de machete. Se acomoda de nuevo la manta y acomoda al pequeño con el racimo que desprendió.

—¿Usted ya tiene hambre? —dice en voz alta—. Ya lo llevo donde su mamá.

Comienza de nuevo a cantar.

Desde que Filomena le contó, Floralba no deja de mencionársela a quien sea. El día en que se enteró, agarró sus cosas y se fue al colegio. Se lo dijo a sus primos, a sus amigos, se lo dijo a Eliseo, uno de sus profesores, a quien más quería. Cuando escuchó la historia, Eliseo se hizo el sorprendido, se abrazaron y luego le hizo una pregunta:

—¿Y va a ser niño o niña?

Floralba no supo responder. Se le había olvidado preguntar.

En la tarde, de regreso, fue directo a buscar a su mamá. La encontró recostada en una silla de la cocina, más adolorida que de costumbre. No se veía nada bien.

—Deje yo termino. Vaya usted a acostarse.

La tomó de la mano y la acompañó hasta la cama. Saldría luego a buscar hierbas para hacerle una bebida caliente. Cuando regresó, Filomena estaba durmiendo.

Floralba tuvo la paciencia para esperar hasta el fin de semana. Apenas sus hermanos y su papá salieron de la casa, ayudó a bañar y a dar de comer a sus hermanos menores y buscó a su mamá.

—Mami, ¿usted qué tiene? ¿Un hermanito o una hermanita?

—Pues quién sabe —respondió Filomena—, vamos a aceptar lo que llegue.

Floralba deja los plátanos y pasa a bajar a Wilmer de su espalda. El niño comienza a llorar y se lo entrega a Filomena. Le dice que no se preocupe, que ella ya barrió, limpió la cocina, le dio de comer a los animales; que va a lavar ropa después y que se va rapidito a hacer el almuerzo.

—¿Quiere una sopa? —pregunta Floralba.

—Ay, hija, espere un rato y yo le ayudo con algo.

—¡No, no, no!

Floralba sale corriendo a la cocina. En realidad, no hubo día en que Floralba no ayudara con las labores de la casa desde que supo del nuevo hermanito. Allá adonde Filomena iba, Floralba la seguía para ayudarla; a veces, se adelantaba y dejaba todo hecho. Comenzó a madrugar para hacerle el desayuno a sus hermanos y a su papá; después limpiaba algo de la casa. De a poco, se fue encargando de casi todo. Un día, en el colegio, buscó a Eliseo. Quería contarle un secreto. Acordaron que fuera en el descanso, cuando todos estuvieran jugando.

—¿Y qué es lo que tanto me quiere decir, señorita? —preguntó el profesor.

—Eliseo, yo voy a tener un hermanito.

—Eso ya todos lo sabemos —respondió Eliseo entre risas.

—Yo me voy a salir de estudiar. Le voy a ayudar a mi mamá.

—No me diga eso. Yo creo que usted...

—Mi mamá me necesita en la casa. Yo después miro cómo le hago.

Qué decisión la que tenía Floralba. En el regreso pensó las palabras que le iba a decir a su mamá. Imaginó que Filomena estaría feliz, que la apoyaría, pero todo resultó distinto; al contrario, hubo regaños y una amenaza de castigo. Sin embargo, en las clases, la cabeza de Floralba viajaba y se iba a su casa; soñaba despierta ayudando a su mamá, pendiente de que no le fuera a pasar nada. Fue descuidando el colegio, no hacía tareas, se le olvidaban los cuadernos, y no hubo más que dejarla que se quedara en casa. Además, Filomena ya estaba cerca de dar a luz, y era cierto, no había nadie para ayudarla.

Floralba ha puesto a cocinar plátano. Apura a preparar arroz y ají, porque ya sabe que le han traído sartos de bocachico que debe arreglar. Sus hermanos y su papá esperan un buen plato de maito²², pero hará una buena sopa. De pronto escucha a Wílder llorar; mira sobre sus hombros, quiere saber qué le pasa, si está enfermo, si quiere

22 Proviene del kichwa y significa «envuelto». Los ingredientes del maito varían de acuerdo con la región en donde se lo prepare. En San Marcelino se usa para cocer el pescado.

que lo carguen. Al rato, el llanto se detiene. Floralba respira más tranquila y piensa en la primera vez que escuchó el llanto de Wílmer. Lo tiene presente, pues ella estuvo ahí, apoyando el parto; ayudó a limpiarlo y a mantenerlo caliente. Apenas unos días después, cuando Filomena alimentaba a Wílmer, Floralba se lo había confesado.

—Yo quería un varoncito.

Filomena se fijó en las manos de Floralba. Supo que había estado cortando leña. Las pasaba delicadamente por las mejillas de Wílmer.

—Entonces se le cumplió el deseo, hijita —respondió Filomena.

Floralba no dejaba de acariciar a su hermanito.

—Yo también quiero tener uno.

—Para eso, primero debe casarse.

Pronto oscurecerá. La comida ya está lista y Floralba empieza a servir los platos. El más grande se lo deja a Filomena. Se puede pensar que es un día normal para Floralba, pero no lo es. Dentro de poco irá a hablar con Wílmer, lo levantará y soltará carcajadas. Filomena le reprochará que por qué tanta risita, aunque todos saben que a Floralba le gusta mucho reír. Y más ese día, ya que se preparará luego para su primera fiesta. No la querían dejar ir, pero a su papá por fin lo convencieron. Floralba, de quince años, con su carita redonda, cabello liso y de color castaño, saldría de su casa feliz. Irá a una fiesta con su prima. Mañana tendrá que llegar a lavar los platos, a buscar lo de la comida de todos. Pero no importa, piensa, eso no importa. Dejará lista la manta para llevar a Wílmer, a quien quiere contarle en secreto cómo le fue en la noche.





Figura 51. Filomena, mamá de Floralba.



Figura 52. Basado en dibujo de Cléver, realizado por su hermana Victoria.

Las botas

Cléver Cerda Vargas

Aún no sale el sol en San Marcelino. Hace varios minutos que Cléver ha abierto los ojos y ahora escucha el sonido del viento que golpea las ramas del algodónero y levanta las tejas de lata de la casa. Dentro de poco empezarán a cantar los gallos y se escuchará el correteo de los perros cerca del río. A Cléver le gusta. Se fija en la cortina que divide su cuarto con el de los papás y, al parecer, aún no hay rastros de que se quieran despertar. Cléver no da espera y se levanta despacio, enciende la linterna, cuidadoso de no molestar a nadie, sobre todo a sus hermanos, quienes duermen a su lado. El piso de madera cruje, pero él sabe dar las pisadas para que suene poco. Cruza las escaleras de madera que conectan la casa en donde duermen con la cocina y, allí, más calmado, comienza a hacer el fuego para el desayuno.

No hay día en que Cléver no haga lo mismo. Era muy pequeño cuando lo aprendió, pero la imagen en su cabeza es muy clara: su hermana Victoria acomodaba grupos de ramas pequeñas; les acercaba una vela encendida y de allí salía una luz que quemaba. Luego ponía rápidamente pedazos de madera más grandes, los ordenaba y la luz y el calor se iban agrandando, acompañados de un hilo de humo. Era un juego que ella tenía con él; lo tomaba de la mano y lo llevaba a la cocina por las tardes para enseñarle. Cléver tenía tres años. Victoria tan solo cinco.

Con los primeros rayos de luz, en la casa ya se escuchan algunas voces. En la cocina, en una paila sobre el fogón, se calientan dos plátanos y en una olleta hay agua para dos chuculas (colada de plátano maduro). Cléver los ha dejado sin cuidado de nadie y ha aprovechado para bajar rápido al río. Los perros lo siguieron, le corretean al lado, pero no es hora de jugar. Debe aprovechar el tiempo. Por fortuna, no ha llovido. Cuando cae un aguacero el agua se alborota, se torna oscura, y es mejor no acercarse: tal vez un animal, un güio al que tanto le teme... Mete en el agua sus pantalones y sus camisas que están tan sucios, llenos de polvo. Cléver piensa que eso de lavar la ropa no es asunto de una mujer. No, señor: él se siente responsable de sus cosas.

Cuando regresa a casa, entra de nuevo por la cocina. En un plato ya encuentra servido un plátano asado y una taza caliente de chucula. Quiere dar un mordisco, pero primero va a extender la ropa mojada sobre la cerca. Una mujer joven lo sigue con la mirada.

—Se le va a hacer tarde —dice.



Es Victoria. Ella acaba su taza, recoge su plato y lo deja a un lado, luego se retira para buscar la maleta para el colegio. Cléver la escucha hablar con alguien. Cree escuchar la voz de Diocelina, su mamá, quien le da recomendaciones a Victoria; también oye a su papá, Nicanor, diciéndole que tengan mucho cuidado, que la cosa no está fácil en el camino. A Cléver le habría gustado que le dieran las indicaciones a él, pero Victoria es la mayor, y ante eso no puede hacer nada.

La casa va quedando atrás. Los hermanos caminan rápido por una trocha que desciende y que se abre camino junto al lecho del río. Cléver se distrae viendo los sábalos que suben contra la corriente del agua y quiere atraparlos. Victoria lo toma de la mano y lo afana, porque deben salir rápido a la carretera destapada y apurar más el paso. No hay duda de que se quieren mucho. No solo es el hecho de que ella le enseñó la forma de hacer fuego, sino también la compañía de las largas caminatas que ya lleva varios años, contándose sus secretos y sus miedos. Fue así: Diocelina y Nicanor lo habían decidido hace mucho tiempo, que lo mejor para los hijos era que estudiaran. Cuando Victoria cumplió seis años, le anunciaron que iría a la escuela. Cléver entonces se dedicó al cuidado de sus hermanos menores y a ayudar a su mamá. Dos años después le tocó su turno de ir a aprender. Desde ahí los hermanos agarraron la costumbre de despertarse y alistarse sin ayuda; se turnaban el encendido del fogón y quién preparaba el desayuno, pero con el tiempo fue él quien se encargó de todo. Luego caminaban cerca de dos horas para llegar puntuales a las clases; y en las tardes, al terminar la jornada a las tres de la tarde, regresaban jugando con los amigos. Ninguno de los dos se quejó del tiempo que tomaba ir al colegio, aunque, en el caso de Cléver, había algo más que le atraía: le gustaba mucho estudiar.

Los carros pasan y el polvo que dejan envuelve a los hermanos. En las motos, muchos de sus amigos pasan y los saludan con un grito. Cléver los ve alejarse, y en su cabeza sueña con tener una vida más fácil, aunque sabe que sus papás hacen todo por ellos. A medida que ha crecido, ha tomado conciencia de que las cosas se ganan con esfuerzo, es por eso que, desde hace un tiempo, cuando regresa de clases, se concentra en hacer rápido sus tareas para pasar a ayudar a Nicanor en los cultivos de arroz y maíz. Cléver quiere ser un ejemplo para sus hermanos, por lo que viene pensando que, cuando Jesús, su hermano menor, crezca un poco más, le enseñará a cultivar. Pero por ahora necesita llegar al colegio. Es lo que más quiere.

En la escuela, es un día normal. Cléver espera que le pongan divisiones o que se alargue su clase de español, sus materias favoritas. Cuando sale al descanso, se une con sus amigos para jugar fútbol, otra de sus pasiones. Allí es otra persona: grita, empuja, se ríe. Es cierto, a veces lo convencen de darle al balón, o de escaparse para

ir a lanzarse al río. También lo disfruta. Esa tarde, cuando todos regresan a sus casas, alguien habla de una fiesta el fin de semana. Le preguntan si quiere ir: dice que no, no quiere.

—¿Por qué no vamos? —le pregunta Victoria.

Cléver encoge los hombros. Nunca le ha gustado. Prefiere irse con sus primos y otros amigos a las veredas a jugar fútbol. El baile no es para él. No vuelven a hablar del tema, pero hay algo que le tiene pensativo. Al acabar el recorrido por la carretera y comenzar el camino por la trocha, Cléver le confía a Victoria algo que desea:

—Quiero unas botas...

Victoria apenas lo mira.

—De esas que son altas. Me gustan.

Victoria no dice nada. Ambos suben por el sendero que los lleva a la casa y escuchan que los perros se acercan. A su lado, el río está más calmado.

En la casa, Diocelina los saluda y les da un abrazo. Cléver se prepara para hacer las tareas, pero primero pone a jugar a Rosaura, a Inés, a Silvia, a Fanny, a Jesús y a Ronald, sus hermanos menores. Pregunta si hay que ayudar en algo y Nicanor responde que no se preocupe, que primero haga las tareas, pero que sí necesita algo, aunque es para el sábado.

—Vamos a cazar una boruga.

Cléver sonríe. Le gusta salir a cazar con Nicanor. Su papá le enseñó a preparar la escopeta y a seguir el rastro de los zorros y de las dantas; y también le enseñó a pescar. Cuando llegaban con las presas, Diocelina las limpiaba y las preparaba, bajo la mirada atenta de Cléver que no perdía detalle. Desde ahí también le gustó cocinar. Por eso, el pedido de Nicanor lo emociona. Más tarde, con las tareas listas, pasa a ayudar con la limpieza de las huertas y va a buscar plátanos para los próximos días, hasta que le llaman a comer. En su plato hay una porción grande de arroz, chiro y pescado. Es su comida favorita. Ya está oscureciendo. Y en general, ha sido un buen día.

Antes de dormir, prepara la ropa del día siguiente. Busca lo que debe lavar temprano y deja listo algo para el desayuno. Comprueba que la linterna tenga baterías y manda a sus hermanos a descansar. En unos minutos, cuando todo esté en silencio, volverá a soñar despierto: quiere estudiar, ser bachiller y ayudar a su familia; por



algún motivo, quiere tener mucha ropa, es algo vanidoso, y llevar una vida calmada. Cierra los ojos y se obliga a dormir. En la mañana lo despertará de nuevo el viento.

Una mañana, años después, Victoria y Cléver harán el mismo recorrido. Pero esta vez, al salir a la carretera, él se despedirá e irá solo hacia La Hormiga. Victoria tomará rumbo al resguardo. Diocelina y Nicanor, así como sus hermanos, se despedirán de él como de costumbre. Escogerá ropa de color azul para ese día. Y así como se lo propuso, llevará puestas unas botas, las que tanto le gustaron.





Figura 53. Cléver, dibujado por su hermana Victoria.

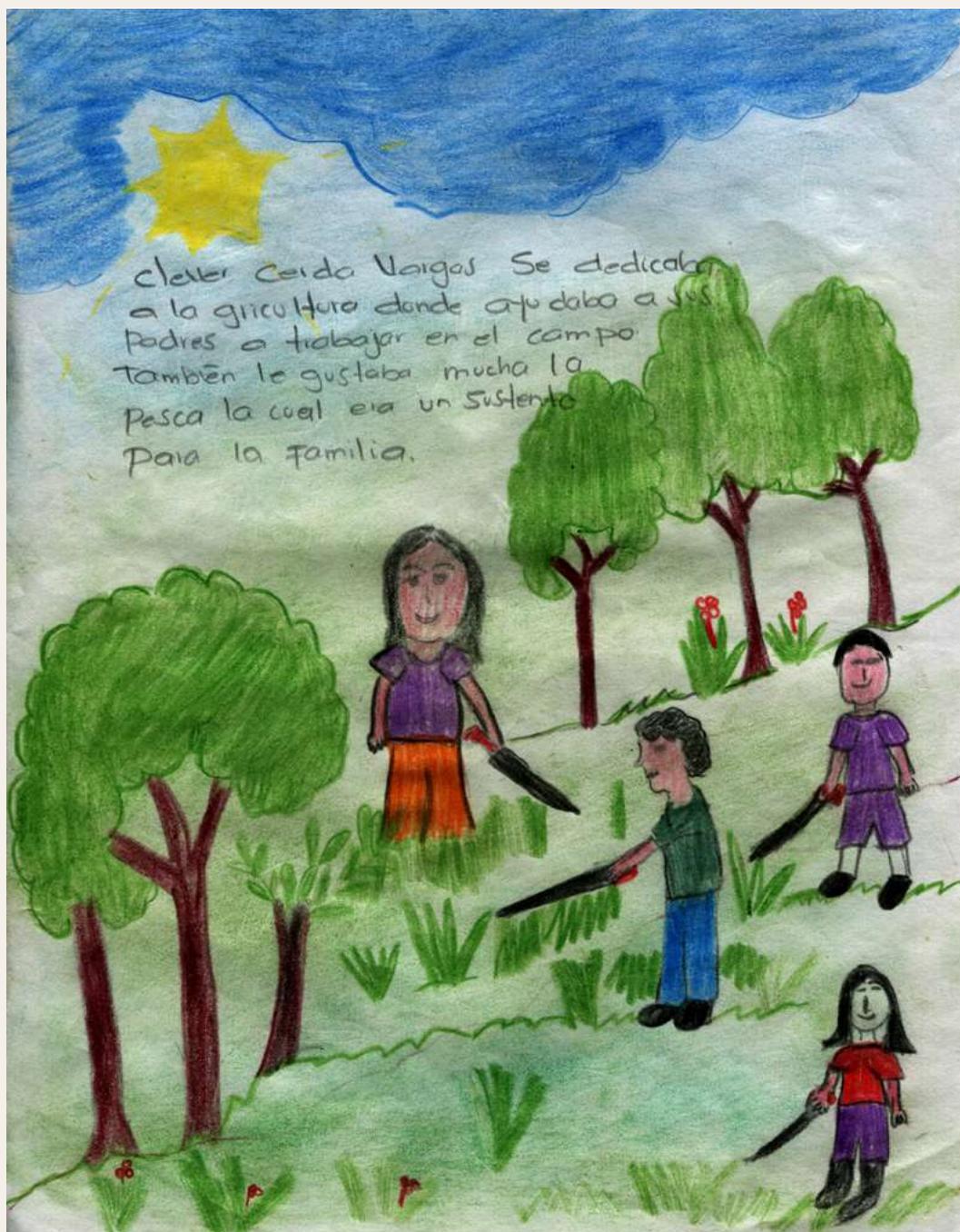


Figura 54. Cléver, dibujado por su hermana Victoria.



Figura 55. Cléver.



FECHA DE PREPARACION

24 | AGO | 2005

NUMERO DE IDENTIFICACION

CODIGO Y CLASE DE EXPEDICION

01 | PRIMERA VEZ

APELLIDOS

CERDA VARGAS

NOMBRES

CLEVER

LUGAR DE PREPARACION

SAN MIGUEL PUTUMAYO

LUGAR Y FECHA DE NACIMIENTO

VALLE DEL GUAMUEZ PUTUMAYO

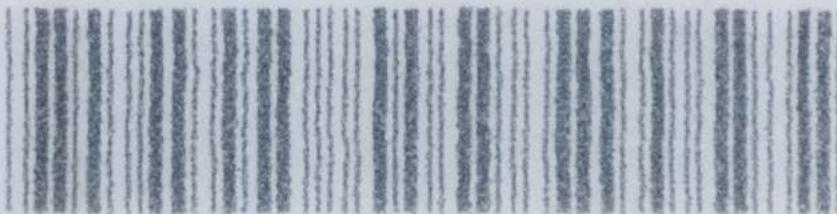


Figura 56. Documento de identificación de Cléver.



Figura 57. Nicanor y Diocelina, padres de Cléver.

Cléver Cerdo Vargas
Salio de su casa con
destino a la ciudad de
la hormiga a estudiar
donde fue secuestrado
el dia Sabado 29 de
octubre del año 2005.
+ nunca más regreso
a su casa.

Vestia Camiseta azul
oscura de manga
corta, pantalón jean
largo color azul
oscuro, un moletín,
donde cargaba sus
útiles escolares +
zapato Bramar
color café.



Figura 58. Descripción de Cléver, realizada por sus padres.

Cleber Cerda Vargas

él nació Resguardo San Marcelino 21 Enero 1987 el día
Sábado Cuando él nació yo había tenido dos añitos
me dicen yo le hacía fuego a mi hermanito
Cuando yo tuve cinco años hay si acuerdo bien
Jugábamos yo le hacía fuego a él. a lo que
tuve seis años mi mamá me mandó a estudiar
a la escuela San Marcelino él quedó con mi mamá
con otros hermanitos menores Cuando yo tuve ocho
años a él también mandaron a estudiar hay
ya íbamos juntos a estudiar a la escuela por la
tarde llegábamos hacer las tareas ayudar a mis
padres hacer oficios estudiamos hasta grado
quinto y después mis padres nos mandaron
a estudiar al colegio la Concordia porque mi
tío vivía allá. estudiamos dos años sexto y séptimo
luego regresamos en vacaciones a visitar a la
familia a Resguardo San Marcelino luego yo
no volví a estudiar mi hermano siguió
estudiando hasta terminar grado octavo
y el regreso a la casa dedico a trabajar
para conseguir recurso para seguir estudiando.

Figura 59. Carta de Victoria sobre su hermano Cléber.



Figura 60. Remigio Vargas, basado en su propio dibujo.

Carta a mi hijo

Remigio Vargas

Miguel Ángel, hijo:

Quise escribir esta carta para que puedas conocer un poco de mi vida cuando estés mayor. Lo primero que quisiera contarte es que vengo de una familia numerosa. Recuerdo que mi abuela, Carmela Tapuy, fue quien nos crió, ella nos enseñó todo lo que sabemos sobre nuestra cultura, y nos daba alimentos tradicionales, de allí viene mi gusto por la rayana de pescado con ají natural. Y es que mis padres debían trabajar para sostener a sus hijos: Lucy, Romaldo, Nubia, Arnulfo, Olga, Nilda, Angélica, Alba y a mí, que ocupaba el puesto seis entre todos tus tíos.

Cuando éramos pequeños íbamos a pescar, bañarnos en el río o hacíamos los oficios de la casa y en medio de todo esto mis hermanos mayores solían tener autoridad para regañar y mandar a los menores, cosa que no me gustaba, por esto en varias ocasiones peleábamos con tus tíos. Hoy entre risas pienso que esas discusiones no eran más que cosas de niños y jóvenes, pues no duraban mucho y al poco tiempo ya estábamos hablando y riéndonos. Recuerdo que Romaldo muchas veces me defendía, él era una persona más tranquila y siempre estaba enfocado en el fútbol, tanto así que llegó a ser delantero y jugar en diferentes lugares de San Miguel y de Putumayo.

Mi niñez y juventud transcurrieron entre las labores de la casa y la escuela, estudié hasta séptimo, me hubiese gustado estudiar más, pero en ese momento no encontré el apoyo de mis padres, así que tuve que trabajar desde muy joven. Al principio como jornalero ya que me independicé desde los trece años. Después me fui a vivir con Norma Aguano, mi primera compañera, con quien tuve a tus dos hermanas Jenifer y Aracely.

Cuando me encontraba trabajando y entre idas y venidas en la frontera tuve que desplazarme a Ecuador, pues ya en el 2000 se escuchaban rumores de la llegada de grupos armados al territorio, quienes venían atacando a la población; se decía que había amenazas, homicidios, que las personas estaban dejando todo para proteger sus vidas. ¡No te imaginas el miedo que sentíamos! De hecho, yo no volví a salir hasta La Dorada, me daba temor lo que pudiesen hacerme porque ellos ni preguntaban quiénes éramos.



Fruto de mi trabajo, a los dieciséis años pude comprar una casita en La Punta (Ecuador) para vivir con Norma y tus hermanas. En esa época yo solía vivir allá, pero trabajaba en Colombia, para eso compré un motor fuera de borda y transportaba diferentes mercancías en mi bote; allí llevábamos gasolina, gas, alimentos y ropa. Claro que eso solo cuando se podía porque en ocasiones se ponía malo, pues era peligroso movilizarse o no había mucho trabajo.

Hijo, considero que vivir en la frontera tiene unas ventajas, y es que, como verás cuando crezcas, cuando la situación social y económica se dificulta en Colombia tenemos la posibilidad de ir a Ecuador en búsqueda de oportunidades y viceversa, eso ha permitido que como pueblo kichwa podamos resistir ante las dificultades que se presentan en el territorio.

Después de un tiempo, en el 2008 decidí rehacer mi vida con Andrea Chacué, de esa relación nacieron tus hermanas Marielli y Taliana. Nos rebuscábamos como fuera para poder sostenernos y darles una buena vida a las niñas, pero la situación fue muy compleja, pues el trabajo cada vez era más difícil y transportar mercancías era riesgoso, así que la relación solo duró cinco años y luego yo decidí volverme a instalar en el resguardo San Marcelino. Ahora, las niñas viven con su abuela materna; Marielli está estudiando para terminar el colegio y Taliana no quiso estudiar más, así que le ayuda a la abuela con los quehaceres de la casa.

En el 2019, ya en el resguardo, inicié una relación con tu mamá, Nora Grefa, vivimos juntos durante tres años y naciste tú. Ahora, aunque no estoy con tu mamá disfruto mucho de tu compañía, quiero enseñarte todo lo que sé y que podamos compartir cada logro en nuestras vidas.

En la actualidad, como ya lo sabes, me dedico a la agricultura y como muchas familias de la comunidad cultivo coca porque es el cultivo que se comercia con mayor facilidad, sin embargo, ahora su venta ha disminuido, la verdad creo que no se necesita ni de erradicación ni de tanta violencia. Pues poco a poco esa economía se acabará y nosotros tendremos que pensar en alternativas para sustentar nuestra alimentación, como antes cuando solo dependíamos de la naturaleza por medio de la caza, la pesca y los cultivos de pancoger.

No solo quisiera que conozcas mi historia, sino también mis sueños. Hijo, yo me considero un guardián del territorio y es que nosotros que hemos vivido por años aquí somos quienes hemos conservado la naturaleza y ese debe ser nuestro legado para ustedes, nuestros hijos.



Por esto, quisiera capacitarme y realizar charlas con los jóvenes para generar conciencia sobre el cuidado de nuestro territorio; por ejemplo, me preocupa mucho que tenemos animales en vías de extinción como algunos micos grandes, el fuera o la boruga y necesitamos planes para que puedan reproducirse, pues multiplicar la vida también nos ayuda a fortalecer la seguridad alimentaria de la comunidad y mantenernos sanos.

Miguel, yo quisiera hacer una escuela para enseñarles a todos sobre la importancia de cuidar nuestros ríos y quebradas, pues son fuente de vida, allí hacemos muchas de nuestras actividades cotidianas, y la mala disposición de las basuras es solo un ejemplo de cómo nosotros mismos afectamos nuestras vidas y nuestra cultura que debemos preservar.

Quiero que siempre tengas presente que el río es vida, a orillas del río nacimos y crecimos, no es solamente agua para bañarnos o lavar la ropa, recuerda que también es fuente de alimento, es aire puro y sobre todo nos permite tener una vida sin esclavitud, por esto debemos cuidarlo.

En el futuro deseo que me acompañes en esta travesía de defender este territorio, que estos sueños de proteger nuestra tierra sean compartidos y que juntos podamos ayudar a fortalecer la comunidad en torno al cuidado del agua, los animales, el aire y, sobre todo, que podamos vivir en armonía, quiero dejar un territorio en el que tengas condiciones de escribir tu historia.





Figura 61. Remigio Vargas.



Figura 62. Basada en dibujo de Francisco Vargas, su padre.

Necesitamos que no se nos olvide

Franca Alina Vargas Proaños

Franca Alina era la quinta de siete hijos de la familia que formaron Francisco Vargas y María Proaños. Sus hermanos mayores eran Gustavo, Ruber, Esteban y Leo Dan. Luego de Franca siguieron Tania y Betty Lorena. Como fue la primera mujer, su mamá le enseñó las labores de cuidado, a cocinar y a mantener la casa. De este modo, cuando los papás salían a trabajar en el campo o participar en las mingas, ella era la encargada del cuidado de sus hermanos.

Iba al río a lavar la ropa y preparaba la comida. La mayor parte del tiempo estaba en la casa. «Era una niña obediente, no daba problemas. Siempre estaba dispuesta a ayudar», dicen sus papás. Le gustaba divertirse con sus hermanos; en ocasiones se reunían con algunos primos en el patio de la casa a jugar pega pega, que consistía en que uno de los niños debía perseguir a los demás con el objetivo de tocar a alguien más y así pasar el rol. Pero una vez, jugando con su hermano Esteban, este se cayó y se quebró un brazo. Las cosas no salieron muy bien; Francisco, su papá, debió llevarlo hasta Quito (Ecuador) para que lo curaran. Fue un momento difícil para Franca.

María recuerda que Franca andaba por todas partes cargando a Tania en sus brazos. Eran muy unidas. La envolvía en la manta, la acomodaba en la espalda, y salía directo al río a pescar, una de sus actividades preferidas. Y es que Franca, desde que tuvo seis años, aprendió a manejar la canoa y la palanca. Como le enseñó su papá, Francisco, sabía qué lombrices y gusanos escoger para usar de cebo. Precisamente, Francisco recuerda aquella vez que dijo que se iba a pescar. Sola, tomó la canoa y se dejó llevar por el río. «No se imaginan todo lo que atrapó». Al llegar a casa, preparó rayana con pescado ahumado. En esa época todavía no sabía rayar bien, pero sus padres estaban felices de ver lo que había hecho.

Cuenta María que, como le gustaba mucho cocinar y aprendió a hacerlo bien, empezó a preparar los alimentos en la guardería del resguardo y, en ocasiones, también le ayudaba a Otilia, su compañera de trabajo, a cuidar a los niños. Pero en realidad, Franca tenía otro interés con lo que hacía: ahorrar para comprar los elementos necesarios para sus estudios y para su ropa.

Al ser formada dentro de la religión católica, la llevaban los domingos a La Hormiga para escuchar la misa, y fue así como se interesó en la lectura de la Biblia. Fue tanto



su afán por conocerla que consiguió un trabajo, por un mes, para cocinarles a varios trabajadores, y la obtuvo. Después le vino la idea de hacer la primera comunión y luego la confirmación, porque quería desempeñarse como catequista.

Y es que, según recuerda María, a Franca le gustaba mucho aprender. Su hija la veía tejer y luego lo replicaba. Lo hizo también con el barro, por eso, a veces conseguía arcilla e intentaba hacer vasijas y otras artesanías. En alguna ocasión le dijo a su mamá que la mandara a estudiar algo relacionado fuera del resguardo, pero no contaban con el dinero suficiente. Franca continuó intentando por su cuenta y en realidad lograba buenos resultados, así que empezó a enseñarles a otras niñas.

También le gustaban las fiestas. Aunque no fue muy común que asistiera, a veces algunas primas y amigas la invitaban. María recuerda la vez que llegó a casa y todas sus hijas estaban, menos Franca. Se había ido de fiesta. Cuando llegó, al otro día, la castigaron, pues estaban preocupados sin saber dónde estaba. No obstante, a partir de ese momento comenzó a salir más. Y es que ya era adolescente y esos eran los planes que hacían los jóvenes. A Francisco y María no les gustaba mucho la idea, por lo que no fueron pocas las veces que se discutió por ese motivo.

María menciona que, cuando Franca tenía 17 años, una amiga que trabajaba en un bar de Ecuador la invitó a que la acompañara. Le propuso hacer lo mismo para obtener dinero, pero como era menor de edad no la recibieron. Se quedó en Ecuador y buscó algo para hacer, así fue como trabajó cuidando niños en una casa. María fue a buscarla, le pidió que volviera al resguardo. Franca no quiso. Sin embargo, sus padres la consideraban muy pequeña todavía, entonces la obligaron a regresar y estar con la familia.

Al recordar hoy a Franca, sus padres hablan con orgullo de quién fue. Recuerdan la forma en que cuidaba de sus hermanos y no pierden oportunidad de contarles a sus hermanas menores las actividades que hacía. «Necesitamos que no se nos olvide» dicen.





Figura 62. Francisco Vargas, padre de Franca.

Franca Alina Vargas Proaños:
papá la culpa no es mía
sino de los que me llevaron
y me reclutaron forzosamente
y me pegaron 5 Tixos,
dos en la cabeza y tres
en la barriga.

Gracias papá por que
tu estas día y noche
con Dios para conmigo,
Estoy en el descanso
eterno.

Desde allí vuelgo
mi Dios por mis
padres y mis hermanos
y hermanas
me despido papá
y a Dios Amen.

8-10-2023

Resguardo San Marcelino.
Querida y Estimada Hija.

Franca Lina Vargas pro años

Cordial Saludo.

por la presente me permito comunicar le a usted
que descanse en paz en el trono de nuestro padre
Creador con el padre con el hijo con el E. Santo
y la Santísima Virgen María con una corona de
doce estrellas y una luna bajo sus pies.

Desde el alto de los cielos Cuidenos y ore por nosotros
y por sus hermanos.

para que el señor nos vendiga todos los días de nuestras
vidas no siendo mas me despido de ti hija Querida
y adiós que descanse en paz.

At. Francisco Lizardo Vargas
María pro años
y hermanos.



Figura 65. Clara Helena, basada en el dibujo de Hortensia, su madre.

Esa buena niña

Clara Helena Cerda Grefa

Clara Helena no hace caso. Ya debería estar lavando la ropa en el río y es casi seguro que se le va a hacer tarde para barrer y darles de comer a las gallinas. Siempre es así. De nada han servido los castigos, el juete ni la ortiga que le marca los brazos; tampoco las amenazas de ponerle ají en los ojos que le ha hecho Hortensia, su mamá. Y es que Clara siempre se queja y se queja, deja las tareas de la casa para después. Esa niña no entiende que no dan espera. ¿Quién va a traer la leña, quién va a limpiar el patio? Clara sabe muy bien que debe ayudar, pero en su cabeza tiene otras prioridades.

Pasa el tiempo y Hortensia piensa en dónde puede estar. Quizás sí está en el río, pero lanzándose al agua, hablando con alguno de sus primos o jugando con una amiga. Hortensia se alista para darle su buen regaño, y si no tiene una buena excusa, puede que pase el asunto a mayores.

—La Clara no está —le dice a Felipe, su esposo, con una voz de tener pocos amigos—. No ha ayudado en nada acá en la casa.

Felipe no dice nada. Es un hombre que habla poco. Él siempre ha sido así, desde que se volvieron esposos, cuando él tenía veinte años y ella solo trece. En esa ocasión, él fue a pedirla como esposa, pero ella no quería aceptarlo; soñaba con ser profesora. Ella se negó al principio, pero su papá la amenazó con golpearla, por lo que terminó dando el sí.

Pero Felipe ahora permanece callado, escuchando la queja de Hortensia. Al parecer, su plan es no expresar nada, mostrar como que la cosa no es con él.

—No ha barrido —insiste Hortensia señalando el piso.

Y es verdad: las hojas de los guamos y caimos están por la casa y las marcas de barro de pisadas están por todo lado. Felipe mira a su alrededor y siente que debe responder algo. Pronto debe salir de nuevo a revisar los cultivos y bajar unos plátanos; había regresado de nuevo a la casa a buscar su machete.

—Usted encárguese de eso —responde Felipe con calma—. Usted sí sabe castigar; si yo la agarro ahorita, seguro que hasta la mato a golpes.



Felipe suelta una risa.

—La Clara es buena niña —agrega—. No se le olvide.

—Debió quedarse en el colegio —dijo Hortensia aún malgeniada—, no debió salirse. Al menos allá hacía algo.

Ha pasado una hora y no hay noticias de Clara. Hortensia camina por los alrededores de la casa. Ahí están sus otros hijos e hijas, ellos sí más dados a ayudarla, pero nada de la malcriadita. Sin embargo, se le ocurre que uno de ellos puede ayudarla. Ese es Héctor, menor que Clara, el compinche de sus juegos.

Hortensia va a hablar con él, pero este dice no saber nada, que la vio caminar hacia allá; pero cuando Héctor dice «allá», puede ser cualquier parte. Sin embargo, Héctor agrega algo más:

—O estará jugando fútbol.

Sí, eso es. Porque si hay algo que le gusta a Clara es imaginarse que los limones y las naranjas son balones; cuando ya ha reventado a patadas los que han caído al suelo, busca otros árboles para arrancar de las ramas los más grandes y seguir. Sus pies descalzos no se cansan de puntear las frutas y ya ha olvidado el dolor que le causaba al inicio. Por lo general, esto es lo que hace en las tardes con sus hermanos, luego de los quehaceres. No a esa hora tan temprana que tanto molesta a su mamá.

Hortensia camina más rápido hacia los árboles de fruta. Le toma cinco minutos llegar y en ese tiempo piensa en el castigo que le dará. «Ya verá esa muchacha», piensa Hortensia, quien se da cuenta de que olvidó el rejo y que no tiene a la mano unas hojas de ortiga. Esto la molesta más.

—Ya verá cuando la agarre... — dice en voz alta.

Hortensia ya está en el lugar. Ha encontrado no solo limones y naranjas destrozados: también chasquis y varias hojas de maíz seco. Revisa el lugar con cuidado, porque no quiere hacer ruido para alertar a Clara. Quiere sorprenderla y saber qué es lo que tanto la distrae.

Avanza lentamente entre los árboles cuidadosa de no espantar a Clara y que esta salga a correr. De pronto algo le llama la atención. Parece ver algo agazapado, apenas se mueve. La recubre algo de color azul claro. Hortensia no tiene dudas: la ha encontrado. Clara está agachada, quieta, en silencio. ¿Qué es lo que ve, qué es lo que la tiene

tan concentrada? El ruido de las hojas secas y el brinco del perro que ha seguido a Hortensia hace que Clara voltee y se levante de un brinco. Es fácil pensar lo que va a suceder: Hortensia la toma del brazo y de un tirón la arrastra. Hay regaños de la mamá, hay quejidos de la hija, mientras el perro las sigue, olfateando acá y allá.

Sin embargo, algo sucedió. Hortensia comienza a recordar cómo era ella de niña, los juegos con sus hermanos y los errores que cometió. Se fija en su brazo, el que se tensiona por la fuerza que hace por apretar y jalar la manita de Clara. Su brazo, con esa gran cicatriz, y recuerda aquella vez que estaba en la cocina preparando caldo de bocachico, la comida preferida de Clara. La niña la ayudaba a pelar plátanos y le vio el brazo. Se quedó mirándola fijamente.

—¿Quiere saber cómo me hice eso? —preguntó Hortensia.

Clara mueve la cabeza.

—Eso fue su tío Benito. Él siempre fue muy caprichoso y bien loco. Nos fuimos a cortar caña para chupar. Me dijo: «Agarre de acá y yo corto la caña. No se vaya a mover». Pero él también jaló, lanzó el machetazo y me lo puso —Hortensia señala con su dedo la herida—. Teníamos nueve o diez años.

Camina más despacio y el recuerdo de ese día le hizo ver a Hortensia que Clara era muy parecida a ella. No solo por lo que hacía, sino también por su imagen. Clara, con su cabello liso y largo, con su cara morena. Flaca y alta. Sí, ambas eran iguales.

Ya se acercan a la casa. Los juegos de los niños no se detienen y Hortensia sigue llevando a Clara con fuerza. Sí que quiere buscar un palo para darle una buena golpiza, pero la ropa sigue sucia, el piso necesita la escoba y hay que cocinar para todos. Pasan en medio de los niños y entran a la casa. La niña alista la ropa para llevarla a lavar.

—No se vaya a demorar con eso —dice Hortensia, quien espera una respuesta grosera de Clara.

Pero nada. No hay respuesta. Hortensia va dejando el mal genio y piensa en las palabras de Héctor: «Es una buena niña».

Y allá va Clara, llevando la ropa al río, cruzándose en medio de los juegos de sus hermanos. Héctor se le acerca y conversan algo; quizás planean ir a lanzarse al río más tarde o jugar al batido de guasca. Quién sabe. Desde la casa, Hortensia la ve alejarse, la ve perderse entre los matorrales. Mira hacia el cielo y solo ve un grupo de pájaros que cruza. Todo es tan azul. ¿Será que le da sed? Sí, piensa Hortensia,



y también hambre. Más tarde, Hortensia le mandará con alguno de sus otros hijos arroz y una arepa.

Y esa tarde, cuando llegue Héctor, le contará lo que pasó. Héctor no dirá nada. Pero ambos, papá y mamá, al irse a dormir, pensarán en aquella noche muchos años atrás, cuando escuchaban la radio atentos a anotar los nombres que decían en los programas. «Ese es bueno», dijo Hortensia, «anótelo». Y Héctor, en un viejo papel escribió: «Clara Helena». Cuando nazca la niña así se llamará. Clara Helena, esa buena niña.





Figura 66. Hortensia, mamá de Clara Helena.

Carta a mi hermana

María Liduvina Proaños Andy²³

Hola Lida te escribo este mensaje para recordarte que te extraño mucho que recuerdo nuestra infancia y los momentos tan felices que pasamos con nuestra familia y amigos, los momentos que compartimos jugando y bañando en el río; también aquellos ratos en el que mi mamá nos castigaba por no hacer caso y ayudar en la casa y como salíamos corriendo para escondernos en el bosque. Espero que te encuentres muy bien allá donde estas en Bogotá y que algún día nos podamos encontrar y compartir aquellos recuerdos de nuestra infancia y el momento en el que nos separaron de nuestros padres y familiares. El día que te llevaron esa gente a mí también me tocó irme por que mis padres y yo teníamos miedo de que también a mí me fueran a llevar, como a los demás muchachos que llevaron y los desaparecieron sin dejar rastro a mi abuelo Jorge también lo mataron y tuvimos que desplazarnos para Ecuador, fueron momentos de miedo y preocupación y gracias a Dios que te liberaron pero tuviste que irte lejos, yo también me fui pero ya regrese, ya tengo hijos y vivimos cerca de mis padres, el contexto no es normal pues aún seguimos intranquilos y amenazados por los sachas runas que utilizaron nuestro y nuestra comunidad para ocultarse y utilizarnos como escudos humanos.

Cuando vienes a visitarnos, espero sea pronto la vida nos ha puesto en esta situación y tenemos que afrontarla con ánimo y fortaleza le pido a Dios y le agradezco inmensamente por la vida y la salud que nos brinda, le pido para que nos ayude a cumplir nuestras metas que hemos deseado tener.

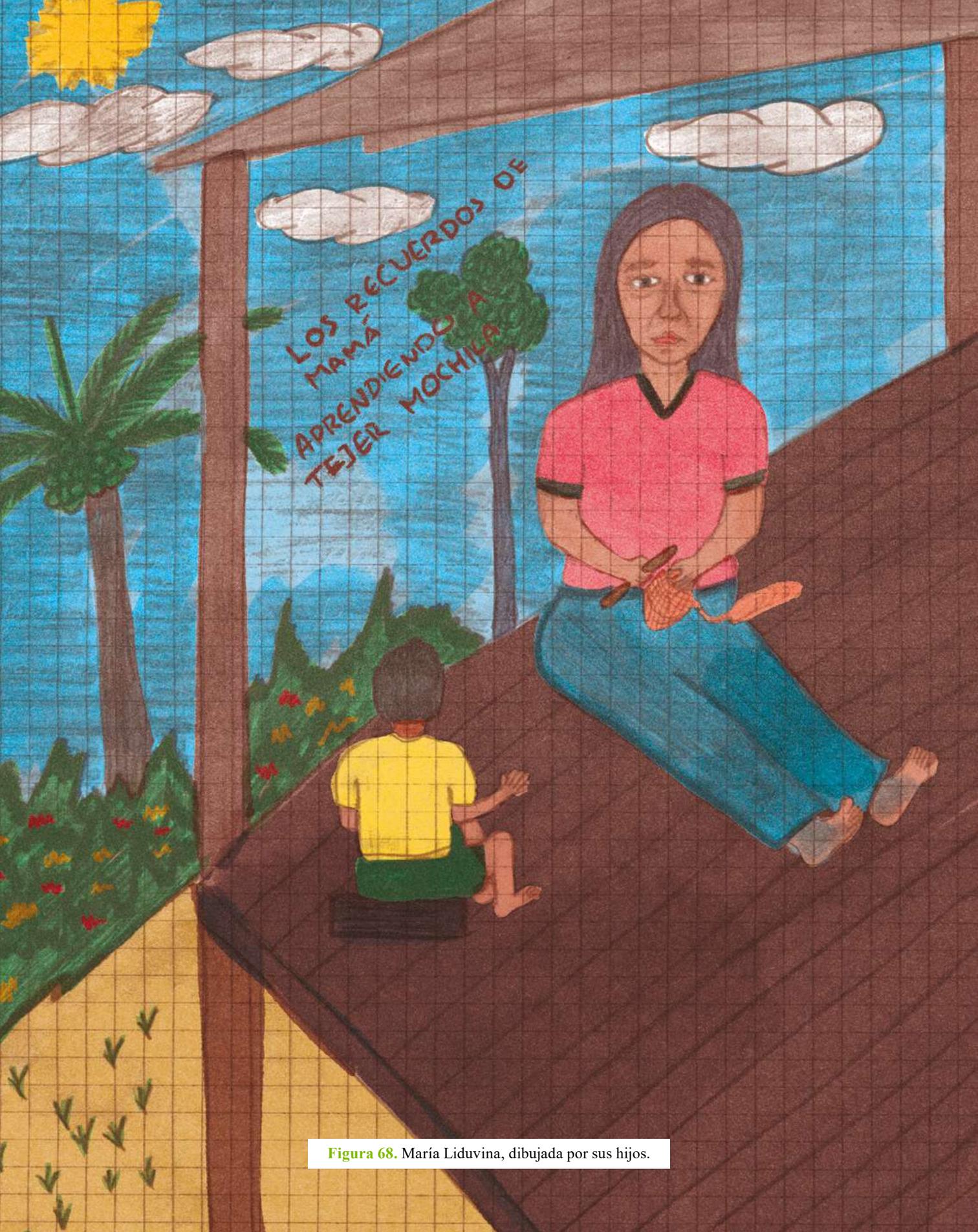
También agradezco a Dios por darme una hermana y una amiga que ha estado en mis sufrimientos, tristezas y en mis alegrías, aunque no siempre nos damos abrazos por la distancia, siempre tiene su corazón con el mío.

Te quiero mucho mi hermana y aunque la distancia nos separe siempre te llevaré en mi corazón.

ATTE: Su hermana que te extraña mucho. Maru.

Figura 67. Carta de María Eugenia a su hermana María Liduvina.

²³ María Liduvina Proaños Andy fue una de las víctimas retenidas por los paramilitares del Bloque Sur Putumayo. Días después fue entregada a la Cruz Roja. Luego de regresar, dejó el resguardo. El CNMH logró contactarla después de concluida esta investigación, y aunque inicialmente accedió a participar, se retractó, solicitando que no se le insistiera. El perfil que se presenta corresponde a la participación de una de sus hermanas.



LOS RECUERDOS DE
MAMA
APRENDIENDO A
TEJER MOCHILA

Figura 68. María Liduvina, dibujada por sus hijos.

Homenaje a una madre

María Liduvina Yoge Queta²⁴

Mi mamá nació en Santa Rosa de Guamuez, nos cuenta que vivió durante su infancia con mis abuelos y sus nueve hermanos. Recuerda que desde muy pequeña aprendió las labores de la casa, como cocinar, lavar la ropa y ayudar en el cuidado de sus hermanos menores mientras los papás trabajaban sembrando maíz y arroz.

Pero no solo se encargaba de la casa, también estudiaba. Nos contó que en el primer año de escuela no tenía mucha ropa, solo tenía un vestidito y andaba a pie limpio, no tenían zapatos y debían caminar por diferentes trochas hasta llegar a la escuela. En alguna ocasión mi abuela le compró un par de zapaticos, y como las otras niñas tampoco tenían la miraban y le decían «présteme», le prestaba a una y después a otra niña, hasta que todas usaban los zapatos, así pasaban las mañanas mientras esperaban la hora de entrar a estudiar. Las otras niñas les prestaban los ganchitos del pelo para peinarse, todo lo compartían. También cuenta que cuando era niña solía hacer muñecos de trapo para jugar, así entretenía el poco tiempo libre que le dejaban las labores cotidianas.

Cuando tenía diecisiete años se casó con mi papá, Benito Grefa, recuerda que un tío lo llevó a su casa, fueron a pedirla y llevaron cerveza, chicha y aguardiente para festejar. Como se conocían, mientras los mayores decidían, mi papá y mi mamá se fueron a conversar. Cuando mis abuelos aceptaron, la nueva pareja se fue a vivir a San Marcelino. Inicialmente, llegaron a la casa de una hermana de mi padre, pero después hicieron su propia casita de hoja, empezaron a sembrar y tuvieron su primer hijo, Marcelo.

Poco a poco se organizaron y fueron teniendo sus catorce hijos. Sus hijos somos Marcelo, Luz Mary, Álvaro, Arturo, Wilfredo, Carlos, Clara, Narbey Iván, Amparo, Raúl, Mereida, Sulma, Ledis y Verónica. Algunas veces nos reunimos a conversar y recordar nuestras historias como familia, mi mamá nos suele contar que cuando éramos niños nos gustaba comernos los huevos de las gallinas, los cuales estaban destinados para la cría. Éramos muy inquietos y en ocasiones no le hacíamos caso,

²⁴ Aunque este perfil no está dentro de los siete que ordena la sentencia, se agrega debido a la importancia que tiene para la comunidad.



pero ella fue muy paciente, aunque eso sí a veces debía recurrir al castigo; es que imagínense el trabajo que supone controlar a catorce hijos.

Tenemos muchos recuerdos bonitos de la forma en que mi mamá nos demuestra su amor, pero destacamos esa vez que le regaló una ternerita a Narbey, era de una vaquita que habían entregado como parte de las regalías y él estaba muy feliz, la cuidaba y siempre estaba pendiente de ella. También Carlos cuenta lo bien que se sentía cuando venía de visita desde el internado y ella lo atendía con mucho amor, le preparaba su comida favorita y él se sentía feliz de volver a casa.

Todos coincidimos en decir que mi mamá ha sido muy buena, es una persona noble, humilde, sencilla y que siempre se preocupa por nuestro bienestar y por aconsejarnos. Estamos muy agradecidos porque sabemos que criar tantos hijos no es sencillo, pero ella siempre ha hecho lo que está a su alcance para que seamos mejores personas.

En su labor de madre ha logrado que seamos una familia muy unida, por esto nos solemos reunir en su casa para las celebraciones, para encontrarnos a conversar y para compartir alguna comida, pues hay que decir que mi mamá cocina delicioso, su comida preferida es la tradicional kichwa, por eso acostumbramos a comer uchumanka²⁵, rayana y pescado ahumado. Mi mamá cada día nos enseña a ser solidarios y ayudar a los demás, y es que siempre que alguien llega de visita ella lo recibe con los brazos abiertos, le brinda un plato de comida y hace que se sienta como en casa.

Estamos muy agradecidos con las enseñanzas y el amor que mi mamá nos ha brindado, ahora deseamos cuidarla y retribuirle un poco de lo mucho que nos ha dado en todos estos años. Queremos también que sus nietos puedan crecer a su lado y aprender todo aquello que nos ha enseñado a nosotros, que compartan con ella y que tengamos muchas más oportunidades como esta para homenajear su vida.



²⁵ En la lengua kichwa, la palabra *uchu* significa 'aji' y *manka* 'olla o comida'. Este plato se hace con *aycha* 'carne' y *challua aychawa* 'pescado'; se prepara para las fiestas y las ocasiones especiales.



Querida Madre Maria Liduvina yoge
Te quiero mucho Mamá y ahora
que estas enferma Mal de Salud
quiero que Mejores para que estes
bien de Salud que nunca te Vayas
de nuestra vidas para que estes
con nuestra familia con tus hijos
y hijas y preocupanos de nuestro
hermano desaparecido Arturo Grefa
Atentamente Luz Mary Grefa



Figura 69. Mensaje para María Liduvina de su hijo Marcelo.

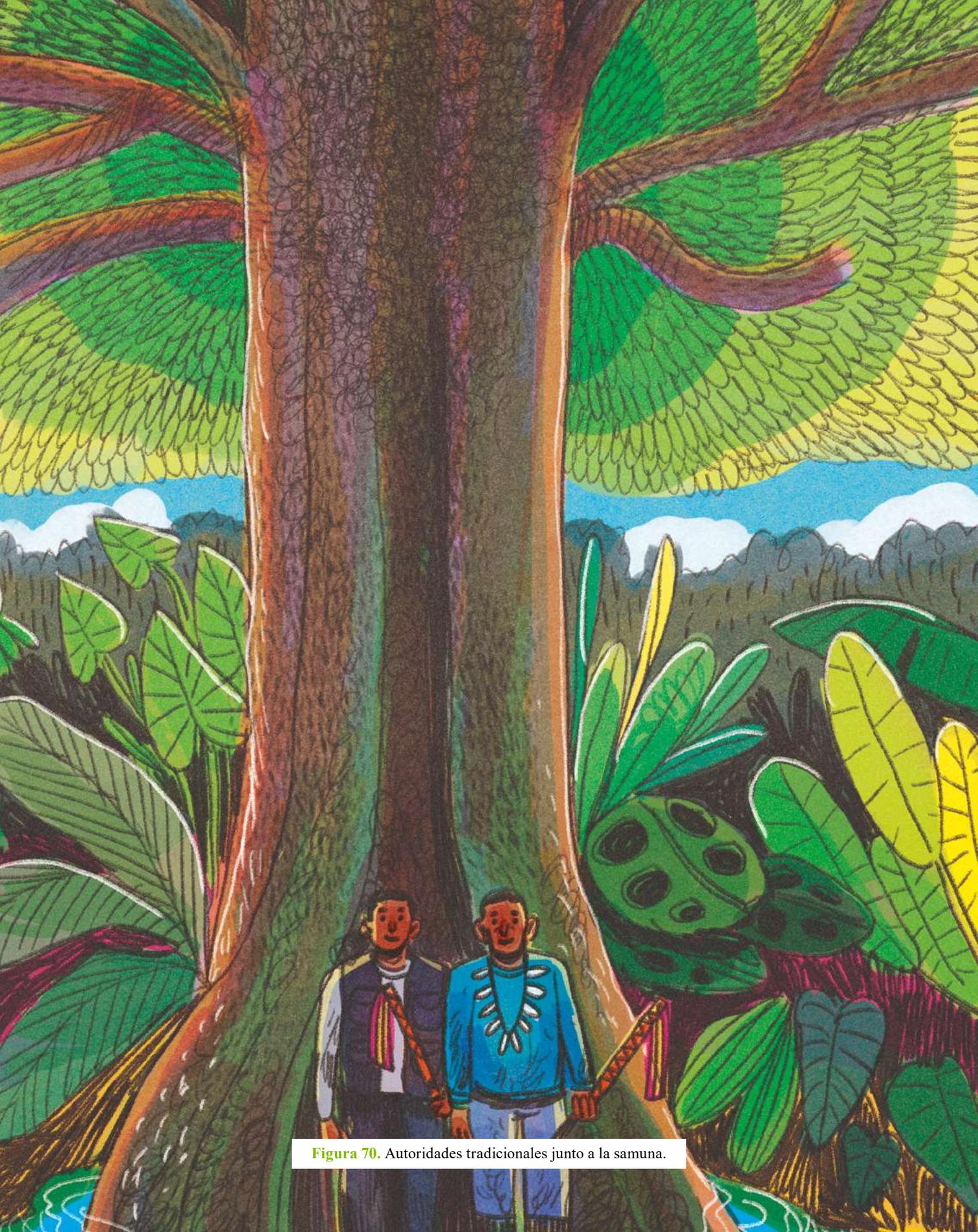


Figura 70. Autoridades tradicionales junto a la samuna.

Nuestro futuro

En el resguardo y en los cabildos coinciden en que deben concentrar sus luchas en los elementos que los desconectan de su pasado. Por ello, inicialmente aseguran que sus resistencias se deben enfocar en fortalecer su lengua materna y sus tradiciones. Después reflexionan y encuentran que debe haber una salvaguarda, es decir, un elemento sólido de seguridad.

Es por ello por lo que insisten en apuntar primero a la recuperación de la madre naturaleza. Observan que las plantas y hierbas medicinales se perdieron por culpa no solo de las voladuras de los tubos del oleoducto que hizo la guerrilla, sino desde mucho antes, cuando las empresas llegaron a llevarse el petróleo, así como cuando el Estado fumigó con glifosato todo su territorio. Entre ambos les quitaron las medicinas que tenían a la mano y también el alimento; debían adentrarse cada vez más en la selva para conseguir, pero a veces ya no había a dónde más recurrir. «Estamos haciendo huertas con las plantas medicinales, pero dígame cómo hacemos con los animales que cazábamos por acá. Esos ya se fueron a otro lado», se queja alguien. Culpan al Estado por haberlo permitido y beneficiar a las empresas, «a quienes les dejan hacer todo», agregan. Sin embargo, están decididos a no quedarse en lamentos. Las huertas se han convertido en una suerte de espacios de participación y de encuentro; alrededor de ellas se unen algunas familias, plantan y comparten lo que crezca, aunque saben que les falta más trabajo.

Sobre las tradiciones tienen un punto de partida. La defensa de la samuna, esa gran ceiba a la que señalan de ser el origen del mundo. Alrededor de ella están los mitos de la felicidad y el castigo para los que se portan de manera incorrecta; historias que entregan fortuna o desdichas. Las autoridades tradicionales la visitan de vez en cuando, le piden permiso para tomar decisiones trascendentales, le cuentan sus secretos, le lloran. Sienten que dependen en buena forma de su protección, pero el territorio está siendo copado cada vez más por los colonos.

Y con la samuna como centro, hay un deber urgente: recuperar su lengua kichwa. Dicen que es una de sus debilidades. Cada vez son menos los que la hablan y la entienden, de ahí la necesidad de fortalecer las escuelas, manifiestan. Pero los profesores hacen lo que se puede, los jóvenes están perdiendo la conexión, y desde las entidades



públicas no hay atenciones. De pensarse en una resistencia, sería en la figura de los más viejos, quienes se comunican en el día a día solo en kichwa, y quienes son escuchados en las mingas, obligando a los menores a comprenderla.

Por otro lado, en los últimos años, quienes han ejercido de gobernadores le han apostado al tema de la seguridad comunitaria. De los anteriores ciclos de violencia guerrillera y paramilitar, se dio paso a una breve época de calma. La reconfiguración de nuevos grupos armados ilegales, más las acciones del Ejército ecuatoriano, dicen, los han llevado a buscar la consolidación de su guardia indígena. Tiene aproximadamente cincuenta integrantes, pero aseguran que no son suficientes para todo lo que hay que hacer. Está conformada por muchos jóvenes, identificados por un traje azul oscuro, que cargan el bastón de chonta como medio de protección. Los gobernadores, elegidos cada año, insisten en pedir apoyos a las instituciones oficiales y a la cooperación privada, pero con pocos resultados. Pese a ello, se mantienen firmes. Ponen a disposición su tiempo; han estado presentes en los incendios forestales, han colaborado cuando hay que poner barreras cuando el río se sube y han brindado seguridad a las visitas institucionales al territorio.

Son muchas más las dificultades, pero tienen la esperanza de que vendrán tiempos mejores. Siguen reuniéndose en las mingas no solo convocados por el trabajo, sino también para celebrar. Qué mejor que un plato de maito, pescado asado envuelto en hojas, acompañado de chicha para sacar las conclusiones. Como es la tradición, se come sin ayuda de algún utensilio, y se sirve con ají. Una lideresa afirma: «Qué les diría yo. Para mí, como indígena kichwa, lo principal es que haya solución en los territorios. ¿Pero cuál es la solución? Que haya paz con la naturaleza. Ahí está la medicina. El territorio es la vida de cada uno. Sería importante que el Gobierno al menos lo reconozca y nos dé la mano en eso, porque hay muchas familias que lo están clamando. También deberían ver que nosotros como comunidades indígenas no somos destruidores de la naturaleza, somos los cuidadores, y eso es lo que queremos. ¡Cuánto peladero en las veredas que están dentro de los territorios indígenas! Eso da tristeza. Si hay un árbol que da frutos, lo van tumbando. Esperaría eso para los venideros, que al menos tengan un lugar donde estar; y nosotros, como padres, enseñarles que el territorio es vida, donde tenemos que sembrar la comida. No debemos dejar a nuestros hijos en una miseria de tierra, que tengan una parte donde trabajar para sacar su familia adelante, donde enseñarles a cultivar». En eso coinciden todos. «Hay que mantenernos así», dicen.





Figura 71. Savia de la samuna, usada para limpieza espiritual.



Figura 72. Integrantes de la guardia indígena. De traje azul, el gobernador del resguardo (2023), Nixon Fredy Machoa.





Figura 73. Mujer integrante de la guardia indígena.



Figura 74. Detalle de bastón.





Figura 75. Preparación del pescado para el maito.





Figura 76. Preparación del maito sobre brasas.

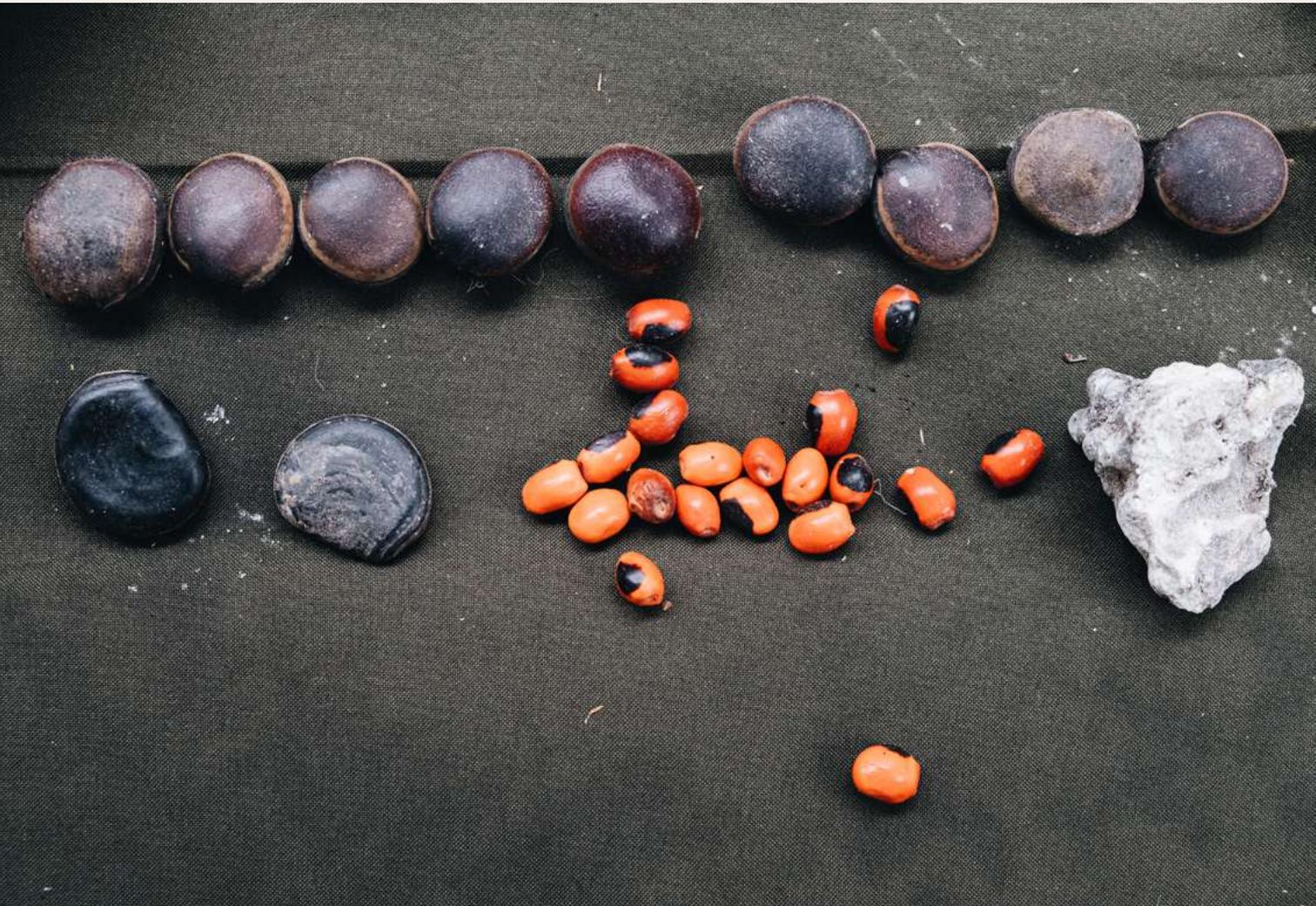


Figura 77. Semillas para crear collares y otros adornos ceremoniales.



Figura 78. Astillas y trozos de palosanto, de uso medicinal.





Figura 79. Elementos de la autoridad tradicional para las sanaciones.





Figura 80. Autoridad tradicional con implementos para realizar sanación.



Figura 81. Red de pesca.



Figura 82. El uso del tabaco se hace para ahuyentar los peligros y para entrar en contacto con los ancestros.





Figura 83. Autoridades 2024: Lucía Tobar Janacamejoy (gobernadora del cabildo San Luis de la Frontera), Ruber Siquigua (gobernador del resguardo San Marcelino) y Dayana Vanessa Cerda Grefa (gobernadora del cabildo Juan Cristóbal).

Referencias

- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2012). *El Placer: mujeres, coca y guerra en el Bajo Putumayo*. Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2019). *El Tigre no es como lo pintan. Estigmatización y conflicto armado en el Bajo Putumayo*. Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Defensoría del Pueblo. (2005). *Alerta temprana. Informe de Riesgo N° 002-05*. Defensoría del Pueblo.
- Fundación Nydia Erika Bautista. (2012). *Informe. Desapariciones forzadas sin verdad ni justicia en el Bajo y Medio Putumayo*. https://issuu.com/tejedorasdevida/docs/1_new
- González, L. (2018, 4 de diciembre). San Miguel, Putumayo: una historia de coca, sangre y esperanza contada por su gente. *Semana Rural*. <https://semanarural.com/web/articulo/historia-de-san-miguel-putumayo-contada-por-sus-habitantes-/727>
- Insight Crime. (2022). Comandos de la frontera. *Insight Crime* <https://es.insightcrime.org/noticias-crimen-organizado-colombia/comandos-de-la-frontera/#:~:text=Los%20Comandos%20de%20la%20Frontera,sobre%20el%20narcotr%C3%A1fico%20en%20el>
- Pueblo Kichwa. (2011). *Plan de salvaguarda étnica del pueblo kichwa de la Amazonia colombiana*. Asociación de Autoridades Tradicionales del Pueblo Kichwa de la Amazonía Colombiana (APKAC).
- Tribunal Superior de Bogotá. Sala de Justicia y Paz. (2018). Sentencia contra los postulados Iván Roberto Duque y otros 273. (Alexandra Valencia M. P).
- Verdad Abierta. (2013, 29 de mayo). Putumayo: retorno a las tierras cercadas por la guerra. *Verdad Abierta*. <https://verdadabierta.com/putumayo-retorno-a-las-tierras-cercadas-por-el-conflicto/>



Entrevistas

Centro Nacional de Memoria Histórica. Grupo 1. Plenaria - grupo autoridades, 27 mayo de 2023.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Grupo 2. Plenaria, 27 mayo de 2023.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Grupo 3. Plenaria, 27 mayo de 2023.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Explicación mapa de recorrido entre Ecuador y Colombia, 27 de mayo de 2023.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Entrevista con mujeres de San Marcelino, 25 de mayo de 2023.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Entrevista conflicto armado, 27 de mayo de 2023.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Entrevista con autoridades sobre historia San Marcelino, 27 de mayo de 2023.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Explicación espacios mundo kichwa, 27 de mayo de 2023.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Entrevista perfiles Arturo Grefa y María Liduvina Yoge, 28 de mayo de 2023.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Entrevista perfiles Floralba y Clara Helena, 28 de mayo de 2023.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Entrevista perfil Franca Alina Vargas, 28 de mayo de 2023.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Entrevista perfil Remigio Vargas, 24 de junio de 2023.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Entrevista perfil Cléver Cerda, 25 de junio de 2023.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Entrevista con autoridades tradicionales de San Marcelino, 24 de junio de 2023.







Centro Nacional
de Memoria Histórica

Nosotros, los hijos de la samuna es la historia del resguardo San Marcelino y sus dos cabildos menores, San Luis de La Frontera y Juan Cristóbal. A través de sus propios relatos, dibujos y la construcción de perfiles biográficos, se expresa el deseo de documentar las memorias y resistencias del pueblo kichwa que habita el Bajo Putumayo.

Este libro se terminó en diciembre de 2024 y se imprimió en la Imprenta Nacional de Colombia.

El documento se realiza en el marco del cumplimiento del exhorto centésimo de la sentencia del Tribunal Superior del Distrito Judicial de Bogotá, Sala de Justicia y Paz, contra Ivan Roberto Duque Gaviria y 273 postulados del Bloque Central Bolívar, por los hechos que ocasionaron la desaparición forzada de cinco personas y el desplazamiento forzado de otras dos.

Se emplearon las familias upográficas Times New Roman, Alegreya y Alegreya Sans.

El papel seleccionado fue propalcote de 90 g.

Es importante tener en la cuenta que este trabajo, aunque tiene la rigurosidad de revisar algunos elementos históricos puntuales, no tiene el interés en concentrarse en ellos. Se trata de evidenciar cómo los recuerdos de cada uno de los grupos participantes se entrecruzan, difieren, se complementan. Se invita a que los lectores se acerquen a este libro como un trabajo de memoria que descubre la vivencia trágica y resiliente de una comunidad que, aún el día de hoy, debe convivir en medio de un territorio lleno de profundas complejidades.



Centro Nacional
de Memoria Histórica

ISBN impreso: 978-628-7792-05-0
ISBN digital: 978-628-7792-07-4